

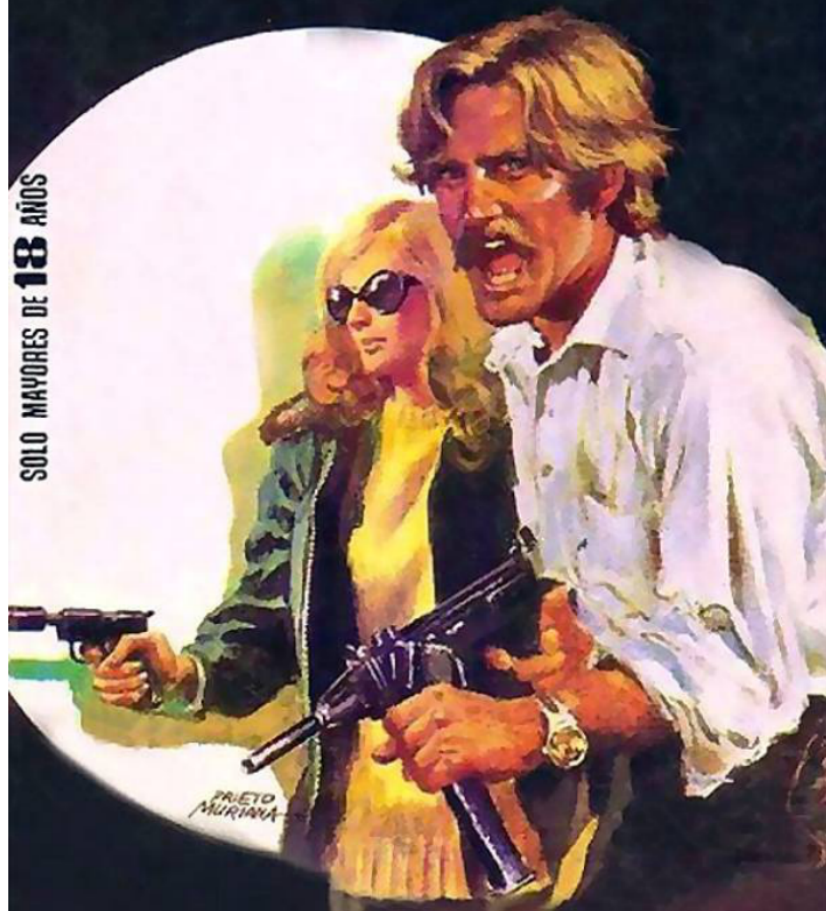
SERVICIO
SECRETO

SS

ARTISTA INVITADO

Lou Carrigan

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS





SERVICIO SECRETO



LOU CARRIGAN

ARTISTA INVITADO

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.527

Publicación semanal

Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 29.866 - 1979
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1979

© Lou Carrigan - 1979
Texto

© Norma - 1979
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades
o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

A decir verdad, el público lo pasaba formidablemente con el espectáculo titulado, muy acertadamente, «Los caprichos de un niño malcriado y casi malparido».

Claro, sólo con el título uno ya se daba cuenta de que la cosa no iba muy en serio, que había una buena dosis de cachondeo en el asunto.

¡Y vaya si había cachondeo...!

Había, sentado a la aristocrática mesa situada en el escenario, un niño de esos que, según se dice, sólo con verlos ya da asco. La criaturita debía tener unos seis o siete añitos, vestía con todo estiramiento un impecable esmoquin, y era tan señorial, tan repugnantemente majestuoso, que no movía la cabeza ni los ojos, ni nada de nada al hablar.

Él era un amo, y ya estaba todo dicho. Y como era un amo, los demás tenían que ser criados y estar a su servicio, no faltaba más, y asunto concluido.

De modo que allá estaba el repulsivo niño, vestido de esmoquin, sentado a un extremo de la larga mesa elegantemente dispuesta, pidiendo cosa tras cosa sin que nada de lo que le traían los criados del castillo le gustase. Nada de nada. Ni los más refinados platos merecían su aprobación.

Pero ya se sabe, el dinero es el dinero, y por mucho asco que todos digan que produce, lo cierto es que andan tras él como locos. Suerte de esto tenía el repulsivo niño malcriado y casi malparido, porque si no, no habría tenido con quién divertirse. Pero como tenía dinero, pues se divertía con los criados que, uno tras otro, iban siendo reemplazados al servicio del tirano sin bigote. Lo bueno era que cada criado le servía un plato diferente, en verdad a cada cual más exquisito, pero nada: invariablemente, el niño lo rechazaba, indicando al criado de turno que se lo comiese él... Bueno, no le

decía exactamente eso, pero tampoco hay que rebasar la línea del mal gusto.

Así que allí estaba el niño, y llegaba un mayordomo que recorría el escenario con gran dignidad, y se colocaba a su lado, le ponía ante las naricitas la bandeja y decía, por ejemplo:

—Observad, señor, qué riquísimos higadillos de saltamontes cojo... ¡Y reparad en qué olorcillo tan agradable desprenden!

El niño lo miraba quizá de reojo, y decía:

—¡Te lo metes en el...!

El mayordomo se erguía, ofendidísimo, y muy dignamente abandonaba el escenario. A los pocos segundos, aparecía una camarera sensacional, pelirroja, con unos senos tremendos y unas piernas sensacionales, una delicia, vamos, y se acercaba al niño con otra bandeja, se la mostraba, y le decía:

—¿Le apetece al señor estas patitas de pulpo rebozadas en tinta de calamar?

—¡A ti sí que te iba a rebozar yo...!

Y la camarera pelirroja y preciosa se retiraba del escenario que simulaba un señorial comedor a toda prisa, moviendo sus encantos de un modo delicioso. A los pocos segundos, aparecía otro criado, ahora más bajito, jorobado y tuerto, que llegaba con la bandeja ante el niño, y decía:

—Señor: ¿comería usted orejitas de niña tierna?

—¡Al demonio contigo, contrahecho!

El jorobado se iba, y a los pocos segundos aparecía un ama de llaves de esas dignísimas, alta, esbelta, elegantísima, lenta, majestuosa, y como si sus pies no tocasen al suelo llegaba ante el pequeño monstruo y le mostraba la bandeja.

—Señor: ¿comería el señor esta cabecita de ángel cercenada a primeras horas de la mañana?

—¡Fuera de aquí, bruja! —Rugía el niño.

Y el ama de llaves dignísima se retiraba con su cabecita de ángel recién cercenada. Luego, aparecía un cocinero italiano que ofrecía al niño asqueroso una magnífica «pizza» napolitana, pero el niño le decía que se la pusiera en la cara como emplasto, y el italiano se iba, para dejar paso a los pocos segundos a un cocinero chino que llegaba ante el monstruito con sus menudos pasitos, y ofrecía:

—Señol: lico «Chow Mien» de veldulas, dilectamente tlaido de la

China. Lico, lico, lico «Chow Mien» de veldulas y gambas, señol.

—¡Fuera, lagartija!

Y después del chino, a los pocos segundos, llegaba una camarera francesa, preciosa, preciosa, preciosa, caminando con gracia angelical, y ofrecía otro plato exquisito, que el malcriado personaje rechazaba con idénticos malos modales y frases de mal gusto, pero que hacían reír al público. Un público que lo estaba pasando estupendamente, y que aplaudía cada vez que aparecía un nuevo servidor para el niño, y que, finalmente, cuando después de la camarera francesa apareció el último servidor, un indio lleno de plumas que ofrecía al niño una cabeza de bisonte, rompió a aplaudir como si quisiera destrozarse las manos... mientras el indio agarraba al niño por el pescuezo, lo dejaba colgando a su lado, saludaba varias veces, y abandonaba el escenario, seguido de la salva de aplausos.

—¡Es extraordinario! —exclamó un sujeto sentado a una mesa junto a otro, más alto y con cara un tanto antipática—. ¿No está de acuerdo, señor?

—Vamos a ver a ese Emerson Newman —dijo el otro, poniéndose en pie.

—Sí, señor.

No tuvieron ninguna dificultad en llegar ante la puerta del camerino de Emerson Newman. El más alto llamó, y desde dentro les llegó la bien timbrada voz autorizándoles la entrada. Empujaron la puerta, entraron, y miraron hacia el tocador, donde el indio, todavía con las plumas, estaba sentado en un taburete frente al espejo, fumando apaciblemente un cigarrillo. Junto a él, colgado en un soporte de la pared, se veía al repulsivo niño, fija en la nada su mirada de muñeco.

—Señor Newman —dijo el más bajito de los visitantes—, es usted todo un artista, de veras. Le felicito muy sinceramente.

El indio lo miró por medio del espejo, y luego se volvió, despacio, y sonrió de mala gana.

—Muy amable, amigo. Me alegra que le haya gustado el espectáculo.

—¡Ya lo creo que nos ha gustado! Oiga, es formidable, se lo juro... ¿Cómo lo consigue?

—Bueno, llevo mucho tiempo haciendo esto. Tanto, que estoy

harto. Pero al público le gusta, y como suele decirse, me debo al público.

—Se pasa muy bien con usted. ¿Es ventrílocuo?

—No, no —negó el indio—: Sólo transformista. El niño había en los momentos oportunos porque tiene dentro un magnetófono con todo el programa grabado... Y naturalmente, el tiempo ha sido bien calculado, de modo que sólo hay que ponerlo en marcha al comenzar el *show*, y asunto terminado.

—Claro... ¡Claro! Es muy sencillo. Pero, oiga, lo que hace usted no es nada sencillo, señor Newman... ¿Cómo consigue convertirse en tantos personajes en tan poco espacio de tiempo? ¡Si no fuese porque lo he estado viendo con mis propios ojos, no podría creerlo!

—Soy transformista, eso es todo. Es mi trabajo, y ya le digo que hace años que lo realizo. Para mí ya es aburridísimo.

—Pues yo lo he pasado fenómeno. ¡Sobre todo cuando sale disfrazado de mujer! ¡Y de chino...! ¡El chino es divertidísimo! Me he divertido en grande, palabra. Oiga, y cuando se disfraza usted de ama de llaves, está genial. Con todo, el mayor mérito, a mi modo de ver, no es su maestría disfrazándose, sino que consiga hacerlo en cuestión de segundos. ¡Apuesto a que sería usted capaz de disfrazarse de cualquier cosa en un momento!

—Desde luego —asintió Emerson Newman, que se había quitado ya las plumas y la chaqueta de piel, dejando al descubierto un torso fino y bien musculado—. Oiga: ¿ha venido a darme coba?

—Pues...

La puerta del camerino del transformista Emerson Newman se abrió, y entró una jovencita que era una preciosidad, de bonitos cabellos castaños, ojos del mismo color, elegante, y con unas formas magníficas.

—Emerson, querido, esta noche podríamos... ¡Oh, perdón!

—Esta noche, no, amor —dijo el transformista—. Tengo que resolver un asunto muy importante con estos señores.

—Pero... habíamos dicho que...

—Otro día. Lo siento, nenita. De verdad que esto es muy importante. Estoy seguro de que te haces cargo, ¿verdad?

Emerson Newman se había acercado a la muchacha, la había abrazado, y la había besado cariñosamente en la naricita. La muchacha se estremeció, le besó a su vez en la boca, y luego lo

miró con expresión rendida.

—¿Mañana, Emerson?

—Haré todo lo posible. Palabra. Ya sabes que sólo pienso en ti.

La apartó, le hizo dar media vuelta, le dio una palmadita en una nalga, y la sacó del camerino, cerrando enseguida la puerta. El visitante locuaz y más bajito sonrió.

—Caramba —dijo, guiñando un ojo—, ¡qué muñeca, señor Newman!

—Usted lo ha dicho: una muñeca. Todas son iguales. Sólo hay que saber apretarlas en el sitio justo, y hacen las mismas cosas.

—Aun así, con mías chicas como ésa debe usted pasarlo de miedo, me imagino.

—Ya le digo que todo cansa y aburre. Oigan, ya ven que soy simpático, cordial, accesible... pero de veras: ¿qué es lo que quieren exactamente?

—Nos gustaría saber, básicamente, si es usted un buen patriota, señor Newman. O quizá estaría mejor dicho un buen compatriota. ¿Lo es?

Emerson frunció el ceño.

—Supongo que soy ambas cosas —murmuró—. Creo ser un buen americano que respeta y ama en lo posible a mi prójimo. Y ustedes, ¿quiénes o qué son?

—No le diremos nuestros nombres, porque...

—Somos agentes de la

C. I. A.,

señor Newman —dijo el más alto.

Emerson lo miró con curiosidad.

—De modo que no es usted mudo —sonrió.

—No, señor. Pero me gusta dejar que la gente hable todo lo que quiera, y así tengo tiempo de conocerla bastante bien.

—Es un buen sistema. ¿De la

C. I. A.?

¿No es ninguna broma?

—No. Y estamos en un pequeño apuro, señor Newman.

Emerson miró de uno a otro, y volvió a sentarse en la banqueta, ahora de espaldas al espejo. Ante él, de pie, los dos visitantes.

—¿Es algo relacionado conmigo? ¿Puedo hacer yo algo para resolver ese apuro?

—En efecto. Si acepta hacernos un pequeño favor le vamos a dar una pistola silenciosa, por si llega un mal momento, y una radio de bolsillo camuflada en un paquete de cigarrillos, y con la que podría comunicarse con nosotros utilizando el nombre clave de Star...

—¿Star? ¿Quiere decir que yo utilizaría el nombre de Estrella?

—Así es. Nos ha parecido adecuado, considerando que usted sería la... estrella del programa, aunque habitualmente no trabaje en nuestro ambiente. Digamos, para utilizar términos artísticos, que sería usted la... el artista invitado en el programa.

—¿Cómo cuando en televisión aparece un actor importante en un telefilme de serie?

—Exactamente. La

C. I. A.

está trabajando en un... telefilme de serie, y le necesita a usted como artista invitado. Es un asunto muy delicado, créame, y no le molestaríamos si pudiéramos resolver el apuro nosotros mismos. Pero tal como están las cosas, aquí, en Washington, sólo usted puede ayudarnos.

—Caramba... ¿Qué tendría que hacer?

—Lo suyo, señor Newman: disfrazarse, caracterizarse. Hemos pensado que podría usted arreglárselas para tomar el aspecto de otra persona... Pero es que, además, sus características físicas coinciden bastante con esa persona. Como comprenderá, nosotros tenemos en nuestra plantilla personal capacitado para estas cosas, pero no es lo mismo disfrazarse de cualquier cosa para no llamar la atención que caracterizarse precisamente como otra persona para intentar pasar por esa persona en un lugar público.

—Entiendo —asintió Emerson—. ¿A quién tendría que... usurpar la personalidad?

El hombre más alto sacó un sobre, y lo tendió a Emerson, que sacó las fotografías que contenía. Nada más mirar la primera, sonrió como divertido. Cuando las hubo mirado todas, dijo:

—Puedo hacerlo con toda facilidad. Es un sujeto fácil de usurpar. Pero bien entendido que no podría engañar a nadie que lo conociera personalmente. Sólo al gran público en general, ¿comprenden?

—La idea es ésa. Nosotros tenemos la esperanza de que la persona que ha de reunirse con este hombre en Atlantic City no le

conozca personalmente. Pero si él nos ha engañado...

—¿Él? ¿Quién?

—El hombre de las fotografías. Se llama Gordon Blower, y nos ha dicho que no sabe con quién debe entrevistarse en cierto lugar de Atlantic City, que sólo debe ir allá, hablar de un gato persa...

—Oiga, le advierto que me está liando —gruñó Emerson—. ¿Por qué no empieza por el principio, si me perdona la vulgaridad?

—De acuerdo. Me imagino que no ha oído usted hablar de la organización «Gato Persa».

—Ni idea. ¿Qué es eso?

—Se lo explicaré con las menos palabras posibles. La organización «Gato Persa» ha enviado a la Central de la

C. I. A.

un mensaje pidiendo, en primer lugar, doscientos cincuenta mil dólares, en efectivo, en billetes de nominación no superior a cien dólares. Esa cantidad parece estar considerada algo así como una... propina por adelantado. Lo que esa organización quiere es otra cosa, en realidad.

—Ya, ya... ¿Qué cosa?

—Bueno, el mensaje dice bien claramente que un grupo de... personal selecto y adecuado de nuestros servicios especiales, respaldados en todo momento por el poderío de la

C. I. A.,

debe ir a las islas Bahamas, agarrar al *Sha* de Persia por el pescuezo, y llevarlo a Teherán, junto con su esposa, la emperatriz Farah Diba, a fin de ser entregados ambos a Komeini. Es una orden que «Gato Persa» da en firme a la

C. I. A.

Emerson Newman consiguió salir de su asombro.

—¡Buena jugada! —exclamó—. Como no pueden capturarlo por sus propios medios, quieren que sea la propia

C. I. A.

la que les ponga en las manos al *Sha*... ¡Formidable! Pero... supongo que ustedes no van a hacer semejante cosa, claro. ¿O sí?

—Aún no está decidido. Depende de cómo vayan las cosas.

—¿Qué cosas? —Emerson entornó los párpados—. ¿Qué pasará si ustedes no complacen a «Gato Persa»?

—Inteligente pregunta. Pasará que, a partir de determinada

fecha que todavía no ha sido fijada, asesinos profesionales que actualmente, según parece, están distribuidos por Estados Unidos, irán matando cada día diez personas de nacionalidad norteamericana... Pueden ser senadores, militares, niños, mujeres... Diez personas, simplemente.

—Todo esto no puede ser una broma, claro.

—No.

—¿Qué tendría que hacer yo exactamente como... artista invitado? Lo pregunto porque estoy dispuesto a aceptar, desde luego. No me gustaría que esa gente de la organización «Gato Persa» se dedicase a asesinar norteamericanos.

—A nosotros tampoco. Por eso, antes de estudiar la posibilidad de ceder a sus exigencias, queremos jugar nuestra baza. Nuestra baza es precisamente Gordon Blower, el hombre de las fotografías, y al que usted tendría que suplantar. Naturalmente, se le facilitarían toda una serie de detalles para que pudiese hacerlo con las máximas garantías. Detalles que el mismo Gordon Blower nos ha facilitado...

—¿Tienen al verdadero Blower? —se sorprendió Emerson—. ¿Para qué me quieren a mí, en ese caso?

—Gordon Blower es el hombre que la «Gato Persa» destacó para que recogiese los doscientos cincuenta mil dólares aquí, en Washington. Lo acertado habría sido entregarle el dinero y dejarlo marchar, para seguirlo e ir tirando del hilo hasta llegar al ovillo. Pero hubo pequeños contratiempos, pareció que se nos iba a escapar, y no tuvimos más remedio que meterle un par de balas en el cuerpo. No está malherido, pero, ciertamente, no puede acudir a la cita con el siguiente enlace de «Gato Persa» en Atlantic City. Y si nadie acude a esa cita, el enlace pasará desapercibido, nosotros no podremos vigilarlo, y nada habrá servido de nada. Con lo que nos encontraremos de nuevo en la misma situación, aparte del riesgo de que «Gato Persa» decida tomar represalias por nuestra acción contra su primer enviado, el tal Gordon Blower.

—Pero presionándole a él...

—Señor Newman, nosotros sabemos cuándo un hombre dice la verdad. Blower no sabe más de lo que nos ha dicho. Y lo que nos ha dicho no nos sirve para nada si él o alguien parecido a él no acude a esa cita de Atlantic City. Blower no es nadie, sólo un intermediario elegido según parece al azar, un tipejo que por dinero hace

pequeños trabajillos... Es como salir a cazar leones y encontrarse con un conejo.

—Y ustedes quieren al león.

—Bueno... Cuando menos, al gato persa.

Emerson Newman quedó pensativo.

De pronto, dijo:

—En el fondo, a mí el *Sha* de Persia me tiene sin cuidado. Allá él con sus problemas. Más bien, para ser sincero, me cae gordo. Pero hay dos cosas que me inclinan a aceptar ser su... artista invitado. Una: no me gusta que nadie se dedique a matar ciudadanos norteamericanos. Dos: ¡me estaba aburriendo como un muerto!

—No debe tomárselo a la ligera, señor Newman.

—No me lo tomo a la ligera. Aunque supongo que ya se han informado sobre mí, les diré que sé manejar bien una pistola, que sus aparatitos de escucha y grabación y todo eso no tienen secretos para mí, y que hace años que no practico mis conocimientos de cinturón negro de karate.

Los dos hombres se quedaron mirando especulativamente a Emerson Newman: mediana estatura, más bien delgado, aspecto amable y en absoluto hercúleo, ojos oscuros, atractivo, simpático, treinta y dos años, un triunfador con las chicas.

—Esperemos, señor Newman —susurró el más alto de los agentes de la

C. I. A.

—, que todo eso no llegue a ser necesario. Bien: ¿está dispuesto a ponerse en órbita?

—Cuando ustedes quieran.

CAPÍTULO II

La hermosa joven rubia entró airoosamente en el bar del «Ulysses Hotel», y se dirigió directamente a la barra, frente a la cual ocupó uno de los taburetes.

Joven sin la menor duda, y todavía era menos dudosa su belleza: alta, esbelta, con finas caderas y unos senos altos y casi grandes, verdaderamente admirables, que al caminar se habían movido de modo tan sugestivo que todos los hombres se habían quedado mirándola, algunos de ellos incapaces de ocultar los pensamientos que aquel magnífico cuerpo femenino les inspiraba. También el rubio de sus cabellos parecía auténtico; cabellos que llevaba largos, sueltos, muy a lo «salvaje y primitiva hembra tentadora». Aunque, en honor a la verdad, nada en ella resultaba provocativo, sino natural, elegante... Sus ojos eran grandes, color café, y su boca roja y fresca era como una deliciosa fruta roja.

Espléndida, en definitiva.

Desde el otro lado de la barra, el camarero se quedó mirándola con expresión cortés y expectante.

—Martini, muy seco, con una aceituna —pidió ella.

—Muy bien.

La rubia encendió un cigarrillo, y luego hizo girar un poco el taburete, para poder mirar hacia el ventanal cerrado frente a la playa. No tardando mucho, cuando llegase definitivamente el buen tiempo, aquel ventanal se abriría, y los aromas del mar llegarían al bar; pero de momento estaba cerrado. Frente a él, varias mesas, cuyos ocupantes gozaban del espectáculo del mar al atardecer, mientras tomaban sus aperitivos. Había más mesas por el centro del bar, pero la rubia sólo pareció sentir interés por las que estaban frente al ventanal.

Y especialmente, por la que estaba ocupada por un solo hombre, de rostro muy atractivo y de líneas suaves, que él parecía querer

endurecer un poco con el bigote espeso y casi fiero que ocupaba todo el labio superior. Todo un bigote.

El hombre también había mirado a la rubia, pero, al parecer, sin demasiado interés. Luego, tras beber un sorbo de su copa, se dedicó de nuevo a mirar el mar, mientras fumaba, pensativo.

Aquella era la única mesa ocupada por un solo hombre.

La rubia dejó de mirar al bigotudo, y agradeció al camarero su servicio. Bebió un sorbo de martini, y acto seguido, se comió la aceituna.

Volvió a mirar al solitario hombre sentado junto al ventanal, el cual seguía mirando hacia el mar. Ya había terminado su cigarrillo. La rubia aplastó el suyo en un gran cenicero de cristal, tomó la copa de martini con sus finos deditos deliciosos, y se encaminó hacia el ventanal.

Se quedó allí, de pie, mirando a través de los cristales el mar, cuyas estiradas olas hacían brillar la arena con bellos reflejos de crepúsculo. La rubia, que había quedado entre una mesa ocupada por cuatro personas y la ocupada por el solitario bigotudo, se volvió a mirar a éste, de pronto...

—Es bonito el mar —dijo.

El bigotudo se quedó mirándola fijamente. Luego, miró de nuevo hacia el mar, y otra vez a la rubia.

—Sí —admitió—. A mí me gusta especialmente a esta hora... Aunque últimamente también me gusta mucho al amanecer, cuando aparece el sol.

—¿Al amanecer? —sonrió la rubia—. ¡Eso quiere decir muy temprano, supongo!

—Bastante —casi sonrió el bigotudo—. ¿Nunca se ha levantado antes de la salida del sol?

—¡Cielos, jamás!

—Pues se pierde algo bueno. Claro que todo depende de la clase de vida que uno lleva. Hay personas que, por su trabajo, nunca podrán ver salir el sol, lo que no me parece justo.

—¿Tan bonito es el espectáculo?

—Todo son gustos, pero a mí me encanta.

—Es evidente. ¡Pero hay que madrugar tanto...!

—Eso es fácil si uno se retira a dormir a una hora... digamos adecuada. Pero, claro, levantarse a las seis de la mañana cuando

uno se ha acostado a las tres, no es agradable.

—No debe serlo —admitió la rubia—. Desde luego, a mí nunca se me ha ocurrido. Lo ideal sería ser como los gatos, que pueden dormir siempre que quieren y estar despiertos cuando les conviene.

—Sin duda. Pero los gatos pueden hacer eso porque no tienen que trabajar.

—Eso es verdad. ¿Le gustan a usted los gatos, señor?

El bigotudo entornó ligeramente los párpados, y musitó:

—Especialmente, los persas.

—Ah... ¿Le gustan a usted los gatos persas?

—Digamos que me gustaría tener una gatita. Una gatita persa, se entiende.

—Sí, sí... ¿Puedo sentarme a su mesa?

—Lo estoy deseando.

El bigotudo se puso en pie, la rubia se sentó frente a él, dejando la mesa entre ambos, y sonrió.

—¿Quiere decir que preferiría una gatita a un gato macho?

—Por supuesto.

—¿Y eso por qué?

—Me encantan las gatitas. Para jugar con ellas.

—Bueno —sonrió más ampliamente la rubia, mirando con agrado al bigotudo—, ya ve lo que son las cosas: yo preferiría un gato.

—¿Para jugar con él?

—Es lo lógico, ¿no? Los gatitos y las gatitas suelen jugar de modo muy divertido. Me llamo Marylin.

—Hola. Yo soy Gordon.

—Marylin Rutheford.

—Gordon Blower. Me parece que se ha terminado tu martini. ¿Te invito a otro?

—Okay, Gordon. Y hablando de gatitos persas... ¿tienes algo para uno de ellos?

Gordon Blower, el bigotudo, que había hecho unas expresivas señas al camarero de la barra, miró de nuevo con amable atención a la rubia.

—Tengo algo que le gustará mucho a un gatito persa, sí.

—Estupendo.

—Lo malo es que no sé dónde encontrar al gato persa.

—Oh, no te preocupes por eso. Creo que podré ayudarte.

—Eso es magnífico. Y puestas así las cosas, pienso que quizá sería mejor que nos ocupásemos de ello cuanto antes.

—No hay prisa. Todo está previsto.

—De acuerdo. Dime una cosa: ¿eres la gatita... privada del gato persa?

—No soy una gatita, ni nadie me tiene de modo privativo.

—Eso puede significar que eres una patita de tejado. Pero no. Tengo muy buena vista, y sé distinguir una gata de tejado de una gata de fina raza. Y tú eres de fina raza.

—Muy amable —sonrió Marylin.

El camarero de la barra había preparado otro martini seco, y uno de sus compañeros que servían en las mesas, lo colocó ante la rubia Marylin, que lo agradeció con una sonrisa.

—Tienes una sonrisa deliciosa —dijo Gordon.

—Me alegra que te hayas dado cuenta. Bueno, parte de mis instrucciones dicen que debo preguntarte si has tenido alguna dificultad.

—Ninguna. ¿Qué más dicen tus instrucciones?

—Poca cosa más. Tengo que invitarte a cenar en mi apartamento, y allí, esperar los dos.

—Esperar, ¿qué?

—Esperar.

Gordon Blower desvió un instante la mirada hacia el mar.

—Parece que no sabes mucho más que yo —murmuró.

—¿Qué más da? Es un trabajo fácil, lo hago, y ya está. Si te apetece algo especial para la cena, dijo ahora, y lo compraríamos de camino. Si no, tendrás que conformarte con lo que haya.

—Correré el riesgo. Bueno, tú dirás cuándo nos vamos de aquí.

—¿Tienes coche?

—Sí.

—Estupendo. Yo he venido en un taxi, pero ahora iremos en tu coche. No me gusta malgastar el dinero. Y ya que hablamos de dinero, sólo puedo llevarte a mi apartamento si posees alguna cantidad... importante.

—Para mí lo es. Puedo mostrártela cuando vayamos al coche.

—De acuerdo.

Unos quince minutos más tarde, tras una charla rápida y de

escaso contenido, Marilyn y Gordon salían del hotel, por la puerta principal, que daba a la avenida. Gordon señaló, y ambos caminaron hacia su coche. La rubia se dirigía hacia una de las portezuelas, pero Gordon la tomó de un brazo, y la llevó delante del maletero, cuya tapa alzó. Había tan pocas cosas allí que el maletín destacaba inmediatamente. Gordon abrió el cierre, alzó la tapa, y miró a Marilyn, que contemplaba con gesto absorto los espesos fajos de billetes de cien dólares.

—Doscientos cincuenta mil, ¿no? —murmuró.

—Creo que ésa es la cantidad. No los he contado.

—Está bien.

Gordon cerró el maletero.

Veinte minutos más tarde, Marilyn abrió la puerta de su apartamento; metió una mano dentro, encendió la luz del recibidor, y miró sonriente a Gordon.

—Pasa.

Gordon Blower dirigió una mirada inexpresiva a la muchacha. Se pasó el maletín con el dinero a la mano izquierda, y entró en el apartamento con un gesto rápido, de modo que apenas estuvo una fracción de segundo en la zona que podía ser dominada desde detrás de la puerta. Pero su precaución era innecesaria. Cuando Marilyn cerró, no quedó visible nada peligroso tras la puerta.

—Vivo sola aquí —explicó la muchacha—. Hace tiempo vivía siempre con alguna amiga, pero, siempre me complicaban la vida: traían hombres, y cosas parecidas.

—¿Cosas parecidas a hombres?

—No —rió Marilyn—. ¡Quiero decir que complicaban las cosas de otros muchos modos! Al principio todos eran muy amables, pero pronto comenzaban a ponerse pesados, y finalmente, venían aquí cuando mi amiga de turno no estaba.

—¿Para acostarse contigo?

—Eso pretendían.

—¿Pero no lo conseguían?

—No soy una virgencita inocente, pero tampoco una boba que acepte lo primero que llega. En realidad, soy muy exigente.

Habían llegado al saloncito, cuya luz también encendió la desenvuelta rubia. Era un lugar agradable, sin más, que el bigotudo calibró con una sola mirada circular. Se podía estar bien allí, eso

era todo.

—Hay dos dormitorios, pero sólo un cuarto de baño —dijo Marylin—. De todos modos, estarás mejor que en un hotel.

El bigotudo asintió.

—¿A qué te dedicas? —preguntó—. Quiero decir, habitualmente, claro.

—Bueno, hago pequeñas cosas... Lo que sea, menos trabajar en serio. Un día poso para unas fotografías, otro día me contrato como azafata para una convención, en varias ocasiones me llaman para llevar grupos de turistas por los museos... Cosas así. Me gusta sentirme libre.

—¿No te acuestas con hombres por dinero?

—Todavía no he llegado a eso. Ya te he dicho que muy exigente.

—Estás en tu derecho. ¿Cómo te metiste en esto del gato persa?

—Me llamaron por teléfono, y me dijeron que bajase a echar una mirada a mi buzón de la correspondencia. Bajé y encontré dentro un sobre con tres mil dólares. Volví a subir, y volvieron a llamarme por teléfono. Me dijeron que a cambio de eso sólo tenía que ir hoy a determinada hora al «Ulysses Hotel», y buscar en el bar a un hombre que estuviese sentado, solo, en una mesa frente al ventanal. Eso es todo. Bueno, aparte de la contraseña esa del gato persa, y de que el hombre debía mostrarme doscientos cincuenta mil dólares.

—¿No sabes quién te contrató, ni por qué te eligió a ti?

—Ni idea. ¿Y tú?

—Más o menos, mis circunstancias son las mismas. Seguramente, nos estamos metiendo en un lío.

Marylin sonrió.

—Son tres mil dólares, querido. Para mí está muy bien.

—¿Nunca antes habías hecho nada parecido? ¿Nunca antes habías hecho algún trabajo parecido relacionado con el gato persa?

—Nunca. Oye, estás muy preguntón, ¿no te parece?

—No he querido molestarte, lo siento.

—No me has molestado. Eres tan... amable, tienes una voz tan... amable. Sí, eres suave y amable. Y hasta es posible que ni siquiera estés pensando en acostarte conmigo.

—Quizá por eso que me has dicho de que eres tan exigente. Yo no soy gran cosa.

Marylin Rutheford contempló especulativamente a Gordon Blower. Verdaderamente, éste no parecía gran cosa en un sentido estrictamente físico. No era demasiado alto, ni atlético, ni hacía alarde alguno de masculinidad agresiva, cosa tan frecuente en la mayoría de los hombres. ¡Y era tan... delicadamente atractivo!

—Veré qué hay para cenar —dijo Marylin—. Puedes entretenerme mirando fotografías mías, si quieres.

—Es una buena idea.

Marylin retiró un álbum de una estantería de la librería, y se lo entregó. Gordon se sentó en un sillón, tras dejar el maletín con el dinero a un lado.

—¿No preferirías que te ayudase?

—No vale la pena. Lo preparo todo enseguida. ¿Cerveza o coca-cola?

—Cerveza.

Marylin abandonó el saloncito. Gordon quedó inmóvil durante unos segundos, como escuchando. Pero no había nada que escuchar, salvo el leve rumor del trajín de Marylin en la cocina. De pronto, Gordon dejó el álbum sobre el brazo del sillón, y se puso en pie. Recorrió rápidamente el saloncito, examinando con cuidado algunos puntos donde pudiese haber escondidas pequeñas cosas... como micrófonos, por ejemplo; pero no encontró nada. Claro que el circuito podía estar tan bien montado que ni el más listo espía del mundo pudiese localizarlos.

La pregunta era inevitable en la mente de Gordon Blower: ¿había dicho la verdad Marylin... o le había endosado un cuento chino? ¿Tampoco ella, como el auténtico Gordon Blower, sabía nada interesante sobre el «Gato Persa»? Ciertamente, se la podía estar utilizando precisamente por eso; era la intermediaria perfecta. Gordon Blower, el auténtico, por supuesto, sabía más cosas que ella. No muchas, pero algunas más. Y entre Gordon Blower y el tercer eslabón, colocaban a una linda jovencita que le gustaba vivir libremente, que era lo bastante lista para no complicarse la vida, y que por tres mil dólares hacía aquel sencillito trabajo sin querer saber nada más. Tenía sentido, desde luego.

El falso Gordon Blower salió del salón, cautelosamente, y oyó con más nitidez los ruidos que hacía Marylin en la cocina. Pero no fue hacia allí, sino hacia la zona de los dormitorios. No había nadie

escondido en ninguno de éstos, ni en el cuarto de baño. Todo parecía normal, en absoluto inquietante.

Moviendo la cabeza con gesto de duda, el bigotudo regresó al saloncito, ocupó de nuevo el sillón, y abrió el álbum de fotografías. La primera de ellas, ampliada a todo el tamaño del álbum, mostraba a Marilyn Rutheford completamente desnuda. Pero no era una de esas fotografías en las que la modelo enseña hasta lo más recóndito de su feminidad, sino, simplemente y en verdad, una fotografía que resultaba bella, artística.

Tenía un cuerpo precioso, precioso, precioso...

Las demás eran por el estilo. Y, en efecto, había algunas en las que aparecía vestida, y que seguramente eran el original que luego se debía haber utilizado para algún montaje publicitario. Lo más llamativo de Marilyn, en definitiva, eran sus pechos, en verdad grandes, pero no caídos, ni escandalosos; simplemente, eran unos grandes, hermosos, rotundos pechos de mujer.

El teléfono sonó en aquel momento.

Gordon Blower volvió vivamente la cabeza hacia donde había sonado el timbrazo, y vio el aparato en una mesita, con algunos directorios telefónicos en el estante inferior. El timbre seguía sonado.

—¡Ya voy! —Le llegó la voz de Marilyn; enseguida oyó el repiqueteo de sus zapatos, y la muchacha apareció, caminando apresuradamente hacia el teléfono, cuyo auricular descolgó—. ¿Sí?

—¿...?

—Sí, soy yo. Usted es el que me llamó el otro día...

—Sí —Marilyn dirigió una sonriente mirada a Gordon—, él acudió, estaba esperando.

—¿...?

—Ningún problema, ninguno. Tiene el dinero, está aquí conmigo, y sólo esperamos sus instrucciones.

—De acuerdo. Por mí no hay ningún inconveniente. Todo lo que puedo decirle es que por tres mil dólares pueden seguir contando conmigo para cosas parecidas.

—Muy bien. Aquí estamos.

Colgó. Gordon, que la contemplaba atentamente, murmuró:

—¿Era el mismo hombre que te contrató?

—Desde luego. Dice que pasemos la noche aquí, y que vendrá a

recoger el dinero mañana a las diez, o, si tuviese algún contratiempo, nos llamaría a esa hora para que se lo llevásemos a algún sitio que nos indicaría. ¿Has visto ya las fotografías?

—Sí.

—¿Te han gustado?

—Sí.

—Pues aún estoy mejor al natural.

—Eso no puede dudarse. ¿Qué hay de la cena?

—Enseguida.

La cena consistió en unos cuantos emparedados y cerveza, y durante ella, Gordon y Marilyn continuaron conversando de aquel modo rápido, casi banal, en absoluto importante. Ella le miraba con una expresión de curiosidad que se iba acentuando. Cuando recogió todo para llevarlo a la cocina, señaló el mueble sobre el cual estaba el receptor de televisión.

—En el compartimiento de abajo hay un tocadiscos —dijo—. ¿Te gusta la música?

—Sí.

—Bueno, considérate en tu casa.

—Tú también eres amable.

Marilyn miró de aquel modo curioso a Gordon, y se fue a la cocina. Gordon Blower quedó pensativo, en apariencia, pero en realidad estaba atento a los rumores que le llegaban de la cocina. Por fin, convencido de que Marilyn, realmente, estaba trajinando allí, sacó del bolsillo interior de la chaqueta un paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos, haciéndolo sobresalir.

—Star al habla —susurró.

—Adelante, Star —sonó la voz de hombre en el paquete de cigarrillos—. ¿Cómo van las cosas?

—Yo diría que bastante bien, pero, considerando mi nula experiencia en estos asuntos, es más que posible que me estén tomando el pelo.

—Todo es posible. No se descuide. ¿Qué ha sabido?

—La chica dice llamarse Marilyn Ruthford. La han llamado por teléfono, y según las instrucciones no habrá ninguna clase de contacto hasta las diez de la mañana. No sé nada más. Supongo que se dedicarán ustedes durante esta noche a obtener información sobre ella.

—Todo se irá haciendo.

—Así lo supongo. Oiga, me va gustando esto... ¿Cómo están las eolias por ahí fuera?

—Hasta ahora no hemos visto nada que nos haya llamado la atención; pero usted, tranquilo: si pasa algo, lo veremos. Preocúpese solamente de su parte, o sea, de la chica.

—Eso no va a disgustarme. Aunque parece que tenemos un pequeño problema aquí: me parece que a la señorita Rutheford le gusta Gordon Blower.

—¿Quiere decir que ya se conocían? —exclamó el agente de la C. I. A.

—. ¡Eso es imposible, porque ella se habría dado cuenta de...!

—No lo ha entendido. No conocía a Blower: le gusto yo.

—¡Ah! Bueno —se oyó una risita—, esperamos que ése sea un problema que pueda resolver por sí mismo, Star.

—Haré lo posible. Bien, puesto que todo está tranquilo, me voy a dedicar a escuchar música unos minutos.

—Diviértase: nosotros vigilamos.

Gordon Blower-Star bajó el cigarrillo, y la comunicación quedó cortada; se guardó el paquete, y permaneció pensativo unos segundos. Seguía oyendo el trajinar de Marylin Rutheford en la cocina... Sí, le estaba gustando el juego. Aunque quizá, lo que le gustaba era Marylin Rutheford...

Ella regresó de la cocina cuando Gordon Blower estaba escuchando música. Se sentó en un sillón, y se quedó mirándolo. Cuando el disco terminó, Gordon se puso en pie, fue a retirarlo del plato del tocadiscos, lo colocó cuidadosamente en su funda, cerró las puertecillas del mueble, y se volvió hacia Marylin.

—Buenas noches. Gracias por la cena.

—¿Ya sabes dónde vas a dormir? —se interesó ella.

—Espero que me lo indiques.

Marylin asintió, se puso en pie, se acercó a él y le tomó una mano. Lo guió hacia el dormitorio de ella, entraron, y Marylin cerró la puerta, observada por el falso Gordon Blower, en cuyo rostro no se acusó la menor emoción o tensión. Sí, señor, le estaba empezando a gustar mucho la vida de agente secreto.

Ya completamente desnuda, Marylin lo miró, y susurró:

—¿No piensas acostarte?

Gordon Blower se acercó a la mesita de noche, dejó sobre ésta el paquete de cigarrillos, y metió la pistola silenciosa obsequio de la CIA bajo la almohada. Marylin no hizo el menor comentario, sólo parpadeó. Gordon se acercó a ella, y la abrazó suavemente por la cintura.

—No estás obligada a esto —susurró.

—Por obligación no lo haría —susurró a su vez Marylin, acercando su boca a la de él.

Tan sólo con tocar con los suyos los labios de la muchacha, y mientras deslizaba sus manos por las finas caderas, el falso Gordon Blower se dio cuenta de que salvo que le estuviesen tomando el pelo como a un grandísimo tonto, el asunto valía la pena.

El beso profundo en la boca de Marylin, mientras comenzaba a acariciar sus senos y la empujaba hacia la cama, le hizo olvidarse pronto de que estaba allí haciendo de espía...

CAPÍTULO III

Bip-bip-bip-b...

La radio no llegó a emitir el cuarto zumbido porque Gordon Blower, en la oscuridad, admitió rápidamente la llamada.

—¿Sí? —musitó.

—Son las tres y media de la madrugada, Star. Un hombre acaba de entrar en el edificio. Ha llegado solo, en un coche. Cuidado.

—Gracias. Llamaré si ocurre algo aquí. Hasta ahora.

Junto a Gordon Blower, Marilyn Rutheford se agitó, y acto seguido se oyó su voz, soñolienta:

—¿Qué...? ¿Qué pasa?

—Permanece en silencio, y quizá puedas escuchar algún ruido. Aunque tal vez no te sorprenda demasiado.

—Pero ¿de qué...?

Marilyn no terminó la pregunta, al notar en su vientre, de pronto, el frío contacto, que la estremeció.

—Es la pistola, en efecto —susurró Gordon Blower—. Permanece quieta y en silencio, o serás la primera en morir. ¿Está claro?

—No... Pero haré lo que dices.

—Eso está bien.

Permanecieron inmóviles los dos. Gordon sentía el calor del desnudo cuerpo de la muchacha, y oía la respiración de ella, que había quedado de costado, de cara a él. Eso era todo lo que se oía, de momento. Pero, de pronto, sonó un leve crujido en la puerta. Gordon apretó la pistola contra el vientre de Marilyn, que comprendió así que ni siquiera debía exteriorizar sorpresa. Los dos supieron que la puerta del dormitorio se había abierto, pero no veían nada...

De pronto, la luz se encendió.

Marilyn lanzó una exclamación, pero la presión de la pistola en su cuerpo la tenía paralizada. Todo lo que pudo hacer fue mirar

hacia la puerta, parpadeando por el repentino deslumbramiento...

—¿Qué pasa? —Gruñó Gordon a su lado, con magistral tono soñoliento—. ¿Adónde vas ahora...?

Se calló de pronto, porque, también parpadeando, miraba ahora al hombre que había aparecido en el dormitorio, empuñando una pistola provista de silenciador. El hombre extendió el brazo, apuntando a la cabeza de Gordon Blower.

—¿Dónde habéis dejado el dinero? —Sonó su voz, fría, dura.

—Pero... ¿qué pasa? —jadeó Gordon, todavía tapado con la sábana hasta el cuello—. ¿Quién es usted? ¡No será...!

—Sí —dijo Marylin, con voz aguda—. Es él, el que llamó antes, el que me contrató. Reconozco su voz, Gordon.

El hombre miró un instante a Marylin.

—Él no es Gordon Blower —dijo—. Por lo tanto, no es el hombre al que debía usted encontrar en el «Ulysses».

—¡Pero...! —empezó Marylin.

—Cierre la boca, estúpida. Aunque no debo culparla, ésa es la verdad, ya que era fácil engañarla. Desde luego, su amiguito de cama se parece muchísimo a Gordon Blower, pero... no lo es. Los estuve viendo en el bar. Pensé liquidarlos a los dos allí mismo, pero seguramente se habrían complicado las cosas... y además, quiero el dinero. ¿O ni siquiera es verdad que lo ha traído?

—Sí —asintió Gordon—: lo he traído.

—Espléndido. ¿Qué le ha ocurrido al verdadero Blower?

—Tuvo mala suerte.

—Ya. ¿Es usted de la

C. I. A.?

—Sí.

—Entiendo. Debe ser un experto en disfraces... Creo que tienen ustedes de todo en sus filas, ¿no es así? Y lo han enviado a ver qué sacaba en claro de la muchacha. Bueno, al menos se la ha tirado, que no es poco, ya que es preciosa. Pero lo bueno dura poco, amigo. Y ahora, basta de charla: ¿dónde está el dinero?

—Estoy autorizado para entrar en negociaciones con usted —dijo calmamente Gordon Blower.

—¿Qué clase de negociaciones?

—Todo depende de la clase de sujeto que sea. Por un lado, y previendo este posible contratiempo mío, puedo ofrecerle el doble

del dinero que usted espera si se pasa a nuestro lado y nos ayuda a localizar a «Gato Persa». Por otro lado, si se niega a esto, la
C. I. A.

está dispuesta a negociar directamente con la jefatura de «Gato Persa» una solución... adecuada al problema que nos ocupa.

—Entiendo. No se puede decir que sean ustedes angelicales, ¿verdad? Su cinismo es enorme.

—El espionaje no es un juego de sociedad, señor... señor...

—Cierre la boca.

—No sea absurdo. ¿Cree que estoy solo? No podrá salir con vida de este edificio.

—Mire, amigo, la

C. I. A.

no tiene la exclusiva de la astucia. Ya supongo que quizá, ahora están vigilando mi coche abajo, pero no me preocupa: es robado, y se quedará ahí. ¿Por qué cree que dije que vendría a las diez de la mañana a por el dinero?

—Para confiarnos. Pero ya pensaba venir a estas horas, matarnos a Marylin y a mí, y escapar utilizando un sistema que ya debe tener preparado.

—Es usted muy listo. Tanto, que me gustaría llevarlo conmigo para exhibirlo ante mis amigos. Pero no puede ser: usted y la chica se van a quedar. Y ya basta de charla. ¿Dónde está el dinero?

—¿Qué hará cuando lo tenga? ¿Matarnos?

—¿Ve? ¡Ya le he dicho que es usted muy listo!

—¿No hay posibilidad de acuerdo?

—Ninguna. Y me está fastidiando... Le voy a cerrar la boca para siempre, y la chica me dirá dónde está el dinero.

En los ojos del desconocido visitante, Gordon Blower vio el destello de la muerte. Lo vio tan claramente, supo con tal seguridad que iban a dispararle, que ya no pudo retener por más tiempo la situación.

En el mismo momento en que el hombre se disponía a apretar el gatillo de su pistola provista de silenciador, Gordon Blower disparaba ya su pequeña pistola silenciosa. La ropa de la cama se movió apenas, apareció el diminuto orificio chamuscado, y la bala fue a hundirse en el hombro derecho del visitante, que lanzó un alarido, giró, y cayó de rodillas, soltando su arma. Por un instante,

pareció que fuese a derrumbarse de bruces, pero no fue así. Alzó la cabeza, y miró hacia Gordon Blower con destellante expresión de odio. Acto seguido, se abalanzó hacia donde había caído su pistola, volvió a empuñarla, comenzó a alzarla...

Ya con la pequeña pistola fuera de la ropa de cama, Gordon disparó de nuevo.

Plof.

Esta vez, la bala dio en el centro de la frente del sujeto, y la cabeza fue impulsada como dulcemente, suavemente, hacia atrás; pareció que todo el cuerpo del hombre fuese de goma cuando el peso de su torso rebotó sobre las piernas dobladas y se impulsó hacia delante.

Se oyó el fuerte impacto de su cabeza al chocar contra el suelo, de frente.

Marylin estuvo dos o tres segundos mirando con expresión desorbitada al asesino caído a los pies de la cama. Luego, miró a Gordon, y sus labios comenzaron a temblar...

—Vístete —dijo serenamente Gordon Blower—: vamos a tener visita.

Uno de los tres hombres que habían entrado hacía unos minutos en el apartamento, se acercó a Gordon Blower, y mostró la billetera del muerto y su contenido, que ya había sido examinado.

—Thomas Darwell, norteamericano, treinta y cuatro años. Hay un pasaje de avión para el vuelo 88 de la «American», que sale a las nueve y media de la mañana, con destino a Miami. Dinero, permiso de conducir, algunos sellos... Es todo.

—Él habló de ir a Miami, a reunirse con unos amigos.

—Pues parece que era cierto. Bueno, parece que el gato persa se nos ha escapado por los tejados... salvo que la gatita sepa algo que pueda ayudarnos.

Diciendo esto, el hombre de la
C. I. A.

miró a Marilyn, que a su vez iba mirando de uno a otro hombre, fascinada.

—No —dijo Gordon Blower—, ella no sabe nada más, lo sé con seguridad. Pero se me ocurre que quizá pueda sernos útil todavía.

—¿De qué modo?

—Si la contrataron es porque alguien de la organización la

conoce, quizá. Me pregunto si esa persona estará en el aeropuerto esperando a Thomas Darwell.

—Entiendo. La idea parece buena... Sí, quizá la persona que sugirió la colaboración de la chica esté por allí. En cuyo caso, nosotros, bien... camuflados, podríamos estar en el aeropuerto cuando llegue el vuelo 88, y, con un poco de suerte, la señorita Rutheford quizá viese a alguien conocido... ¿Es eso?

—Algo así he pensado.

—No es que esté mal, pero quizá nadie se deje ver, ya que Thomas Darwell, a fin de cuentas, no va a llegar en ese vuelo.

El falso Gordon Blower dirigió una mirada crítica al cadáver de Darwell, que yacía en el suelo como olvidado de todos, como si no fuese más que un objeto carente de interés.

—¿Y por qué no ha de llegar Thomas Darwell a Miami? —preguntó suavemente.

El hombre de la

C. I. A.

parpadeó. Miró el cadáver, miró de nuevo a Star-Gordon Blower, y sonrió como divertido.

—Me parece que sí le va gustando a usted esto... ¿Realmente se atreve también con la caracterización de Darwell?

—En esa clase de cosas, yo me atrevo con todo... siempre y cuando tenga el material necesario, naturalmente. Podemos hacer una prueba, y si el resultado no les satisface, pues... me vuelvo a casa.

El agente de la C. I. A, movió la cabeza.

—Haremos la prueba... Y por material ya sabe que no tiene que preocuparse. Usted sólo pida lo que necesite. Star.

—¿Star? —preguntó Marilyn—. ¿No te llamas Gordon Blower?

Los agentes de la

C. I. A.

se quedaron mirando con expresión especulativa a la muchacha, pero Gordon Blower, sonriendo, le dio un cariñoso pellizco en la barbilla.

—Es una dulce paloma —dijo—. Pero las dulces palomas que vuelan tan libremente, se exponen a recibir cualquier día una perdigonada.

—Algo más que una perdigonada va a recibir si se las está dando

de lista con nosotros —masculó uno de los espías—. De momento, un par de los nuestros se la van a llevar a Miami, para que esté esperando en el aeropuerto cuando usted llegue. Quizá la idea sea buena.

—No perdemos nada con ella —dijo Star, mirando risueñamente a Marilyn—. Adiós, rubita: feliz viaje.

—Pero... ¿de verdad se me llevan a Miami? —exclamó la muchacha.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta volar?

—Oh, sí, pero... ¡Bueno, tengo que hacer el equipaje, recoger un montón de cosas...!

—¿Para qué? —se sorprendió Star.

—Pues si me llevan a Miami... creo que aprovecharé la ocasión para tomarme allí unas vacaciones, y disfrutar de los tres mil dólares que me pagaron por... —De pronto Marilyn abrió mucho los ojos—. ¿No puedo hacer eso?

La pregunta estaba justificada, porque los agentes de la C. I. A.

y el propio Star la contemplaban con incredulidad.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Star.

—Pues sí... ¿No puedo hacerlo? ¿Estoy detenida? ¿He hecho algo realmente malo?

—Fantástico —bufó uno de los espías—. ¡Realmente fantástico! No sé si pretende tomarnos el pelo o en verdad es así de atolondrada. ¡No sé qué pensar!

—Si quiere —apuntó tímidamente Marilyn—, yo puedo sugerirle algo al respecto.

—¿Respecto a lo que he de pensar?

—Sí.

El espía lanzó otra exclamación, y acto seguido preguntó:

—¿Y qué he de pensar, vamos a ver?

—Pues que estoy muy asustada, y que... que me alegrará mucho marcharme lejos de aquí y estar ausente una buena temporada.

—¡De modo que quieres escapar de tus responsabilidades! —exclamó Star, en tono jocoso.

—¡Yo no tengo ninguna responsabilidad en nada de todos estos líos! ¡Tú has matado a ese hombre, tú eres de la C. I. A.,

tú eres quien trajiste el dinero...! ¿Por qué tengo yo que complicarme la vida con asuntos de espionaje?

—Es una chica inteligente —aseguró Star, que parecía en verdad divertido.

—Y con la cara más dura que la cubierta de un portaaviones —masculó un agente de la

C. I. A.

—. Está bien, nena, recoja unas cuantas cosas. No demasiadas. Y usted, Star, puede hacernos una lista de lo que necesita.

La lista estuvo confeccionada antes de que Marilyn reuniese en una maleta lo que ella consideraba imprescindible para pasar unos días de vacaciones en Miami. Y cuando el equipaje estuvo listo, la muchacha fue al saloncito, donde Star permaneció fumando pensativamente.

—Ya estoy lista —murmuró.

Star-Gordon Blower la miró, y sonrió.

—Que te diviertas, Marilyn.

—¿Nos volveremos a ver?

—Es muy posible. Creo que ya te lo dije antes, pero no me va a agotar repetirlo: feliz viaje.

CAPÍTULO IV

Todavía no eran las once de la mañana cuando el vuelo 88 de la «American» se cumplía al aterrizar el reactor en el Miami International Airport. Y, ciertamente, entre los pasajeros llegaba uno llamado Thomas Darwell. Es decir, un Thomas Darwell que, por supuesto, no habría podido engañar a su propia madre, como suele decirse, pero sí a personas que lo conociesen de pasada. El aspecto físico general era más que aceptable, y, en cuanto a detalles faciales demasiado comprometedores, quizá quedasen diluidos gracias a las grandes gafas de cristales oscuros.

Desde luego que Star no arriesgaba demasiado. Sabía que los agentes de la C. I. A.

estaban ya en el aeropuerto, dispuestos a intervenir si la ocasión lo requería. Pero no parecía que fuese a ser necesario: cinco minutos después de que el flamante Thomas Darwell estuviese paseando por el amplio vestíbulo del aeropuerto, nada había sucedido, no se había producido ningún contacto.

¿Quizá los que tenían que hacer ese contacto todavía no habían llegado al aeropuerto?

Thomas Darwell dejó en el suelo el maletín, y encendió un cigarrillo, mientras miraba a derecha e izquierda a través de los oscuros cristales de las gafas. No vio a ningún agente de la C. I. A.,

ni por supuesto a Marilyn Rutheford, pero eso le complació, pues demostraba que ellos estaban haciendo bien su trabajo, ocultándose adecuadamente...

La mirada de Thomas Darwell quedó fija en el hombre que se le acercaba, de frente, mirándolo con visible indecisión. Era un sujeto alto y delgado, de cara chupada y grandes ojos claros como el agua. Sorprendente y reptilesco personaje, que vestía de blanco y llevaba

una divertida gorra azul. Sorprendente.

El sujeto en cuestión llegó ante Star, y se quedó mirándolo.

Star lo miró a su vez, fumando.

—¿Ha llegado usted en el vuelo 88 de Atlantic City? —preguntó el hombre.

—Así es.

—Sí, me pareció verlo... No estaba seguro.

—Pues ya puede estarlo ahora.

El hombre dirigió una mirada al maletín que de nuevo había sujetado Star con mano firme.

—¿No tiene ganas de mear? —preguntó.

El falso Thomas Darwell alzó una ceja, de modo que apareció por encima del montante de las gafas.

—Se dice orinar —corrigió amablemente.

—Quizá. ¿Tiene ganas o no?

—No demasiadas, pero estaba esperando para asegurarme de que valía la pena ir a los lavabos. Y precisamente acabo de llegar a la conclusión de que sí vale la pena.

La mente de Star había funcionado a toda velocidad; creía haber comprendido que el encuentro debía producirse en los lavabos, y que por eso nadie se había acercado todavía a Thomas Darwell... hasta que, evidentemente, de todos los pasajeros del vuelo 88 era el único que todavía permanecía en el aeropuerto, o, por lo menos, en el vestíbulo. Por supuesto, el no haberse dirigido directamente a los servicios había sido un fallo, pero al mismo tiempo ampliaba las posibilidades del falso Darwell de engañar al otro, pues su actitud era de la de quien no conocía directa y personalmente a Thomas Darwell.

—Ya no —estaba diciendo el otro—. Ya no vale la pena. Pero debiste ir allá, según lo convenido. He estado como un tonto cinco minutos con el pájaro en la mano esperando que entrases con el maletín.

—Bueno —sonrió Star—, de cuando en cuando va bien que le toque el aire. Yo soy Darwell.

—Ya, ya. Yo soy Clayborn. Bueno, vamos al coche.

—Pues vamos al coche.

Salieron del vestíbulo y fueron al estacionamiento. Poco después, ambos estaban sentados en el asiento delantero de un viejo

«Dodge». Clayborn metió la llave en el encendido, y se volvió a mirar a Darwell.

—¿Qué tal si me dejas echar un vistazo al maletín?

Star se lo tendió, en silencio. Clayborn lo abrió, tras asegurarse de que no había cerca nadie que pudiese ver lo mismo que él... Se quedó mirando los bien apilados fajos de billetes de cien dólares, asintió, cerró el maletín, y lo devolvió a Darwell.

—De acuerdo. ¿Has tenido alguna dificultad?

—No.

—Eso le gustará a Helena. Y todavía le gustará más que hayas llegado con el dinero. Sin dinero no hay armas, naturalmente. Por suerte, todo va funcionando bien... Helena me ha hablado muy bien de ti, Darwell.

—Es bueno tener amigos que hablen bien de uno —deslizó un tanto tenso Star.

—Sí: es bueno. Bien, vamos allá.

Naturalmente, Star no preguntó adónde. No podía hacerlo, puesto que se suponía que lo sabía. El lugar al que fuesen no tenía demasiada importancia, pero... ¿estaría Helena allí? Porque si la tal Helena estaba allí, el juego de los disfraces habría terminado...

Clayborn había puesto en marcha el coche. Salieron del estacionamiento, y poco después lo hacían del aeropuerto, por la Airport Expressway, en dirección a la bahía. Primavera en Miami. Eso sí era algo que valía la pena. No el verano, en el que abundan los mosquitos, sino la primavera, con el mar azul, el cielo despejado, el tibio sol...

Desde luego, era evidente que en Helena iban convergiendo los personajes de aquel asunto. Por lo menos, coincidía Star y el tal Clayborn... En la mente de Star se iban fijando las posiciones: parecía bien claro que, mientras por una parte Thomas Darwell procuraba el dinero, Clayborn se había ocupado de localizar alguien que, a cambio de ese dinero precisamente, les entregase armas. Y se desprendía bien claramente de todo esto que Helena conocía a Clayborn y al verdadero Thomas Darwell.

Mal asunto.

—¿Helena está bien? —preguntó de pronto Star.

—Supongo que sí.

—¿Lo supones?

—Bueno, ya sabes que no tenemos que hacer contacto con ella hasta que la llamemos al «Picnic» para decirle que han llegado las armas, así que desde que hicimos el trato no la he vuelto a ver. Me he estado encargando de la compra, y luego, he venido a esperarte. Bien, según Helena parece que tú y yo podemos hacer grandes cosas juntos. Oye, ¿tienes un cigarrillo?

—Claro.

Star sacó el paquete auténtico de cigarrillos. Seguramente, Clayborn se habría sorprendido si hubiese visto que llevaba dos, pero ya tendría él buen cuidado de que no se diese cuenta. Con toda naturalidad, Star encendió dos cigarrillos, y tendió uno a Clayborn, que conducía cuidadosamente pero a buena velocidad por la autopista.

—¿Sabes? —dijo pensativamente Clayborn, echando humo—: es extraño que Helena nunca nos hubiese reunido antes.

Star dio la respuesta más ambigua que se le ocurrió, encogiendo los hombros.

—Ya la conoces —y acto seguido preguntó—. ¿Has trabajado en otras ocasiones para ella?

—Nunca. Me parece que no me has entendido... Lo que he querido decir es que es extraño, precisamente, que sin conocernos de antes nos haya contratado. Aunque también ahora me he explicado mal: soy yo quien no la conocía a ella, pero ella sí me conocía bien a mí, eso está claro. Sabía más cosas de mí que mi propia madre. Y está claro que también sabe muchas cosas de ti, por lo que me dijo.

Star se adaptó rápidamente a la situación.

—Estamos igual. Yo tampoco la conocía a ella, pero ella sí sabe muchas cosas de mí.

—Y parece que le gustan —sonrió de lado Clayborn—. Bueno, el hecho cierto es que ha reunido a un buen par de elementos. Quiero decir con esto que supongo que después de lo que ella te diría a ti de mí ya habrás comprendido que yo tampoco soy ningún angelito.

—Lo he comprendido.

—Entre nosotros —lo miró un instante Clayborn—: ¿cuánto te ha ofrecido a ti por llevar adelante este asunto?

—Digamos que estoy contento con mi parte.

—Eres discreto, ¿eh? De acuerdo. De lo que sí podemos hablar

es de lo lista que es la chica, ¿eh? Consigue un cuarto de millón de dólares nada menos que de la

C. I. A.

para que financie una operación que nos va a reportar varios millones.

—Sí, no está mal, desde luego.

—Esperemos que no nos esté tomando el pelo. Te diré la verdad: cuando supe que ibas a llegar con doscientos cincuenta mil dólares me dije que quizá sería buena idea meterte un par de balas en la cabeza y largarme con el dinero. Para mí, doscientos cincuenta mil es una fortuna... ¿A ti no se te ocurrió largarte con el dinero?

—Sí. Pero es como robarle a un niño un caramelo pudiendo robarle toda una bolsa llena a cambio de esperar un poco más.

—¡Exacto! —rió Clayborn—. ¡Y esa zorra lo sabe! Sabe muy bien que no vamos a quedarnos un cuarto de millón cuando si todo sale bien nos pagará nada menos que un millón... ¡Vaya, ya lo he dicho!

—No te preocupes: como si yo no te hubiese oído. Lo que no me ha gustado ha sido eso de meterme dos balas en la cabeza.

—Hombre, no te lo tomes así —rió Clayborn—. Eso era antes de conocerte, de hacernos amigos. De modo que vamos a dejarnos de tonterías y a concentrarnos en el trabajo en común, para que todo salga bien y nos llevemos una buena tajada cada uno.

—De acuerdo. Y ya que nos estamos haciendo tan buenos amigos, Clayborn, dime: ¿qué opinas tú del gato persa?

—No conozco a ningún gato —rió Clayborn—, ¡pero Helena es una linda gatita!

—¿Quieres decir que crees que es ella la que lo ha planeado todo?

—Ah, no... No, no, de eso nada. Cuando conversamos, mencionó un par de veces a la «organización». Desde luego, no está sola en todo esto... y quienquiera que sea que la apoye parece que goza de toda la confianza de Helena.

—Digo yo que si han puesto el nombre de «Gato Persa» a la organización, quizá sea debido a que interviene alguien de esa nacionalidad. Ya sabes: iraníes. ¿Mencionó ella a algún iraní o persa?

—No. Pero eso no significa nada. Nosotros somos norteamericanos, y estamos trabajando para ella, que es cubana.

¿Por qué no habría de trabajar ella para un persa?

—Buena deducción.

Estaban cruzando el conjunto de cruces elevados de Moore Park, y poco después abandonaban la autopista por la salida de Buena Vista, bajaron hasta la North East 36th Street, y siguieron por esta hasta llegar a Biscayne Boulevard, por el cual continuaron el viaje hacia el Sur. A la izquierda, el sol refulgía en las aguas de la hermosa bahía salpicada de islas. Blancos trazos de espuma señalaban el paso de veloces lanchas deportivas de todos los colores.

Un persa.

Sí, todo sugería que aquel asunto estaba dirigido por un persa. Un persa que había concebido el plan de utilizar a la

C. I. A.

para eliminar al *Sha* y a su esposa. Hasta aquí, tenía sentido, ya que nadie mejor que la propia

C. I. A.,

que estaba custodiando al *Sha*, para entregarlo en Teherán. Incluso podía tener sentido que aquella jugada no hubiese sido ideada por una mente persa, sino por una mente rusa, a fin de provocar una gran tensión internacional que, evidentemente, perjudicaría a Estados Unidos. Se podían hacer muchas cábalas sobre la operación que «Gato Persa» había puesto en marcha... pero en ninguna de ellas encajaba el dinero que al parecer se iba a ganar con ella. ¿Quién iba a pagar ese dinero? ¿Y cuánto, qué cantidad? Porque si Helena había ofrecido un millón de dólares a Clayborn, se suponía que habría ofrecido la misma cantidad al verdadero Thomas Darwell, lo que, sólo en concepto de «honorarios» a sus más directos colaboradores, se le iban a ir dos millones de dólares. Lo que significaba que esperaba obtener muchos más.

¿Cuántos?

¿Quién y cómo y por qué los pagaría? Estados Unidos, no, desde luego, porque si «Gato Persa» hubiese pretendido conseguir dinero norteamericano, lo habría pedido ya directamente, bajo la amenaza de asesinar cientos de personas.

No, Estados Unidos solo ponía doscientos cincuenta mil dólares. Así pues, ¿quién ponía los millones? ¿Quién ponía millones de dólares por la operación que debía terminar con la entrega del *Sha*

y su esposa en Teherán? Y si tantos millones tenían para invertir en la operación, ¿por qué pedir doscientos cincuenta mil miserables dólares nada menos que a la

C. I. A.?

Star miró de reojo a Clayborn, que conducía ahora con expresión absorta. ¿Estaba Clayborn a su nivel mental, tenía la misma capacidad intelectual, o era un simple criminal que obedecía órdenes y cobraba? ¿Era un cerebro de primera fila o sólo un ejecutor de órdenes, un asalariado clásico del crimen? Más bien parecía esto último, como lo había sido, sin duda, el auténtico Thomas Darwell.

¿Y alguien iba a pagar un millón de dólares por cabeza a sujetos como Thomas Darwell y Clayborn? Además, ¿en concepto de qué? Porque si se trataba de entregar al *Sha* en Teherán eso lo haría la C. I. A.,

no Clayborn y Darwell. Y si no era por eso... ¿por qué les habían prometido tanto dinero?

La conclusión sólo podía ser una, aparentemente y por el momento: aparte de conseguir que el *Sha* de Persia fuese entregado por la

C. I. A.

en Teherán, la organización «Gato Persa» pensaba llevar a cabo otra operación paralela; una operación que iba a dar mucho dinero, y que, sin la menor duda, estaba relacionada con las armas que se iban a adquirir con los doscientos cincuenta mil dólares...

Star no comprendía nada, en definitiva.

—Tú no debes conocer a Mendicut, ¿verdad? —preguntó de pronto Clayborn.

—Con ese nombre, no recuerdo a nadie, de momento. Pero es posible que lo conozca por otro nombre.

—Sí, es posible. Mira, copio te he dicho antes, yo no soy un angelito, y sé que tú tampoco debes serlo... pero se me ponen los pelos de punta cuando pienso en Mendicut.

—Ya será menos, hombre.

—Bueno, pronto lo conocerás. Quedamos en que nos estaría esperando con el yate en City Yacht Basin, y estamos llegando... No señor, no me gustaría tener como enemigo a Norman Mendicut, te lo aseguro.

—Pero puesto que no es así, no debes preocuparte. ¿Qué es lo que tanto te impresiona de él?

—Tiene más mala sangre que una tarántula. ¡Y no te digo nada de los amigos que puede reunir...! Bueno, aquí cada cual va a su negocio, ¿no te parece?

—Me parece.

Clayborn le miró brevemente, sonriendo.

—Me gustas —movió la cabeza—. Sí señor, me gustas. Eres sobrio, tranquilo, con un aspecto corriente que no llama la atención, y tienes una voz amable, y no como la mía, que parece de gallina vieja.

—En todo caso, será de gallo viejo —sonrió Thomas Darwell—. ¡Porque no irás a decirme ahora que eres homosexual!

—¡Ésta es buena! —Lanzó una risotada Clayborn, mientras daba una fuerte palmada en el muslo izquierdo a Star—. ¡Seremos buenos amigos, ya verás!

—Yo diría que ya lo somos, ¿no?

Clayborn volvió a mirar al falso Thomas Darwell.

—Sí, señor, ¡me gustas! Bueno, ya estamos llegando.

CAPÍTULO V

Star comprendió enseguida lo que Clayborn había querido decir respecto a Norman Mendicut cuando vio a éste. Los estaba esperando tumbado en popa, bajo la toldilla, tomando un aperitivo.

Era, de momento, impresionante.

Medía cerca de metro noventa, llevaba la cabeza completamente afeitada, y tenía unas orejas enormes, una boca gigantesca, y unos ojos pequeños y negros que parecían dos bolitas de hierro. Llevaba solamente un diminuto bañador, de modo que se veía su cuerpo en toda su extensión y musculatura, digna de un gorila. Se puso en pie cuando uno de los tripulantes del yate los llevó a su presencia, y Star supo que, con una sola mirada a cada uno los había valorado... o creía haberlo hecho, al menos. Aunque a Clayborn, al que ya conocía, lo miró brevemente, más que como valorándolo como esperando ver algo nuevo en él; como no era así, dedicó un par de segundos de más al hombre que Clayborn estaba presentando:

—Él es Thomas Darwell, Mendicut. Ya sabes.

La afeitada y bronceada cabeza se movió con gestos afirmativos.

—Sí, ya sé —tendió su manaza—. ¿Qué tal, Darwell?

—Bien. ¿Y tú?

El apretón de manos de Mendicut fue sencillamente bestial. Un apretón suficiente para romper varios huesos... si Star no se hubiese dado cuenta, una milésima de segundo antes, de que iba a ser sometido a una prueba, así que tuvo el tiempo justo de tensar la mano, y corresponder al apretón en la medida de sus fuerzas, pocas comparadas con las de Mendicut, el cual sonrió de orejota a orejota.

—Tienes la mano suave, pero fuerte, ¿eh?

—Y tú tienes muy mala leche —deslizó Star.

Clayborn respingó, Mendicut quedó un instante pasmado. Y de pronto, se echó a reír, y se dejó caer en la tumbona que había estado ocupando hasta entonces.

—¡Sentaros! —invitó riendo—. ¡Y pedid lo que queráis! ¡Lo que sea!

—Tomaremos lo mismo que tú —dijo Star—. ¿Está bien?

—¡Claro que sí! Gilíes, sírveles. Y luego ve a decirle a Denis que nos saque de aquí de una maldita vez. Quiero estar en mar abierto antes de veinte minutos. A menos —Mendicut miró a Clayborn—, que no estés en disposición de zarpar ya, Joe.

—Lo estoy —asintió Clayborn—. Todo está listo, por mi parte. Y en ese maletín —señaló hacia Star, que no había soltado el maletín—, está el dinero para los cubanos que nos traen las armas.

—Perfecto.

—¿Todo bien por tu parte?

—Todo a punto. Tenso un grupo de hombres esperando ser recogidos en Princeton. Pero eso será cuando ya tengamos las armas, para que ellos las examinen y decidan si están en condiciones. No te preocupes por mi parte, que no habrá ningún fallo. Bien... ¿cuándo conoceré a Helena? No me parece justo que ella sepa tantas cosas de mí y yo ni siquiera sepa cómo es.

—No sé cuándo decidirá ella entrar en contacto contigo directamente —encogió los hombros Clayborn—. De modo que, cuando tengas las armas a bordo, y mientras tus hombres las examinan, estaréis esperando frente al canal la visita de ella. Si decidiera retrasarla, seguramente nos enviaría a Darwell y a mí con instrucciones. Mientras tanto, todo lo que tenemos que hacer es navegar al encuentro de los cubanos... pero sin prisas, pues ellos no llegarán al lugar convenido hasta las diez de la noche; es decir, a partir de las diez.

—Vale. ¿Qué, Darwell? —Miró aviesamente a Star—. ¿Qué te parece mi aperitivo?

—Suave —murmuró Star.

—¿De veras? —Abrió mucho los ojos Mendicut—. ¡Ésta sí que es buena, suave...! Anda, Joe, échate un trago, a ver si a ti también te parece suave.

Clayborn bebió un trago del aperitivo que acababan de servirle. Abrió mucho los ojos después de tragar, y acto seguido comenzó a toser fuertemente. Las carcajadas de Norman Mendicut restallaron sonoras y salvajes en el soleado mediodía, y todavía rió más cuando Thomas Darwell dijo suavemente:

—Deberías haber hecho como yo, Clayborn: aguantar sin pestañear esta especie de petróleo qué bebe Mendicut, sin darle la satisfacción que esperaba. Pero, maldita sea: ¡sabe a fuego sucio!

Mendicut todavía rió más.

—¡A fuego sucio! ¡A fuego sucio! ¡Muy bueno, Darwell, muy bueno! ¡Me gustas!

—¿Verdad que sí? —dijo Clayborn, entre toses y lágrimas—. ¡Eso mismo le he dicho yo varias veces! ¡Es un tipo cojonudo, te lo aseguro, Norman!

Thomas Darwell sonrió amablemente. El yate navegaba ya entre Spoil Banks y Dodge Island, en dirección a Virginia Key; a la izquierda y hacia el Norte se veían los blancos edificios de Miami Beach. Era un buen yate, poderoso, veloz... Y por cierto, no llevaba el nombre de «Picnic», como en determinado momento había barruntado Star, sino el de «Wind of the Sea». Muy bien: «Viento del Mar». Bonito nombre. Pero... ¿qué era «Picnic»? Clayborn había dicho que tendrían que llamar a Helena a «Picnic». ¿Qué podía ser «Picnic»? ¿Un bar, un hotel, otro yate, un cine...?

—¡Hey, hey! —Estaba gritando Mendicut—. ¡Estás en la luna, Darwell! ¿Qué te pasa? ¿Estás quemando el petróleo dentro de tu estómago?

—Más o menos. Me han entrado ganas de orinar.

Norman Mendicut estalló en tales carcajadas que Darwell tuvo la impresión de que todo el yate temblaba. El gigante reía tanto que le saltaban lágrimas mientras agitaba su cabezota. Star sintió un lento y largo escalofrío por todo el cuerpo. Ciertamente él tenía las manos duras: normal, en un *karateka*. Pero la sola idea de enfrentarse a manos limpias a un personaje como Mendicut ponía los pelos de punta. Y Clayborn había tenido razón: había en el fondo de aquellos diminutos ojos como bolitas de hierro algo que sólo podía definirse como maldad. Una maldad densa y total. La idea se concretó en la mente de Thomas Darwell: Norman Mendicut era un asesino nato, un hombre que disfrutaba matando...

Gilíes había acudido a los gritos de Mendicut, que le encargó que guiase a Star a uno de los cuartos de baño. Star se puso en pie, sonriendo, y tendió el maletín a Clayborn.

—Creo que será mejor que lo guardéis vosotros, no sea que vaya a salpicar el dinero.

Se echaron a reír los dos. Gilíes llevó a Star al interior del yate, y le abrió la puerta de un cuarto de baño.

—Supongo que sabrás volver solo arriba.

—Seguro; gracias, Gilíes.

Entró en el cuarto de baño, y cerró por dentro. Se acercó al inodoro, y se quedó mirándolo, ausente la mirada. Estaba escuchando con toda atención, pero no oía las pisadas de Gilíes alejándose. Volvió a la puerta, estuvo escuchando a través de la madera unos segundos, y la abrió. Gilíes no estaba allí. Volvió a cerrar, y se alejó de la puerta hacia el fondo del cuarto de baño. Metió la mano derecha en el bolsillo del pantalón, que estaba cortado de tal modo que podía alcanzar fácilmente la pistola que llevaba en la cara interna del muslo, sujeta con esparadrapo. Era toda una tentación meterle; un par de balas en la cabeza a Norman Mendicut.

Pero de momento, Star se conformó con asegurarse que la pistola seguía allí bien sujeta. Acto seguido, sacó el paquete de cigarrillos, y alzó uno de ellos. Supo que la llamada era recibida, pero no sonó ninguna voz. Perfecto. Esto significaba que si volvía a abrir la radio los agentes de la

C. I. A.

comprenderían que tenían que escuchar simplemente. A menos que Star requiriese contacto.

—Soy Star —susurró—. ¿Me oyen?

—Sí. ¿Está bien?

—Por ahora, sí.

—Espléndido. Estamos procurándonos una lancha para seguir al «Wind of the Sea»...

—No, no. No hace falta. Creo que vamos a estar navegando sin prisas, posiblemente incluso nos detendremos en alta mar. Acudimos al encuentro de unos cubanos que varita traer armas... pero no sé si desde Cuba o desde otro\ sitio. Eso no importa, de momento. Lo que sí importa es que el encuentro tendrá lugar en el mar a partir de las diez de la noche, y luego regresaremos a Miami con las armas. El propietario de este yate es un sujeto llamado Norman Mendicut: un gigante con mente de asesino. Evidentemente, dispone de hombres que están esperando esas armas para asegurarse de que están en buen estado antes de pasar a

la acción. Esos hombres están o estarán esperando ser recogidos en Princeton...

—¿Qué Princeton?

—No sé exactamente, pero supongo que no debe estar lejos de Miami.

—Un momento. No se retire. Star, si le es posible —la camuflada radio permaneció silenciosa durante unos veinte segundos, y luego sonó de nuevo la voz del mismo hombre...

—¿Star?

—Sí, estoy a la escucha.

—Princeton es una localidad al sur de Miami, entre Cutler Ridge y Homestead... y a muy poca distancia al Norte de la Homestead Air Forcé Base; un par de millas, nada más. ¿Ha oído algo que pueda indicar que esas armas que esperan tienen algo que ver con esa base aérea?

—No... No, no. Ni creo que tengan ninguna relación. Tiene que ser otra cosa. Yo diría, simplemente, que esperan esas armas para organizarse en grupos que serían los encargados de comenzar las matanzas por todo el país si la

C. I. A.

no entrega al *Sha* en Teherán.

—Sí, podría ser eso, desde luego. Buena jugada: nos exigen un cuarto de millón, con ese dinero compran armas, y con esas armas nos amenazan... y, si llega el caso, inician las matanzas. Armas nuevas en el país, de las que sería difícil, por no decir imposible, seguirles el rastro por medio de los estudios de las balas en Balística. Buena jugada. ¿Qué más?

El falso Thomas Darwell informó de todo cuanto sabía al agente de la

C. I. A.,

y terminó diciendo:

—Sería interesante que se ocupasen ustedes de obtener información completa sobre Thomas Darwell, Joe Clayborn y Norman Mendicut. En cuanto a esa mujer, sólo sé que se llama Helena y que, tal como les he dicho, Clayborn tendrá que llamarla al «Picnic».

—Buscaremos también a Helena y a «Picnic». Supongo que lo de «Picnic» será más fácil. Un momento —hubo una breve pausa—.

Star, me comunican que ya tenemos una lancha para...

—No. Esperen ahí. Si merodean cerca de nosotros se darán cuenta, ya que permanecerán en mar abierto. Sé que volveremos, así que esperen en Miami el regreso del «Wind of the Sea» con las armas.

—Bueno, precisamente hay cerca de Princeton un canal que desemboca en Black Point: el Goulds Canal. Es posible que el yate de Mendicut enfile ese canal a su regreso esta noche. Estaremos por allí, pero atentos a la radio, por si usted nos necesitara en otro lugar. Si es así, arrégleselas sólo para abrir la radio y hacer algún comentario que nos guíe.

—Interesante sugerencia —sonrió Star—: ¡Jamás se me habría ocurrido!

—Bueno, Star, no nos gustaría que le ocurriese algo que...

—Oh, basta de tonterías. Bien, esto es todo: llevo aquí más tiempo del necesario para orinar.

Bajó el cigarrillo, guardó el paquete, y apretó el botón de la cisterna del inodoro.

Cuando llegó a la toldilla de popa, Mendicut le dirigió una sonriente pero escrutadora mirada.

—Apuesto a que una meada así debió dar origen al Mississippi —comentó.

—También he hecho otras cosas —gruñó Star, sentándose—. Tu maldito brebaje me ha hecho trizas el estómago.

—Eso te pasa por dártelas de duro —sentenció Clayborn—. De todos modos, creo que va siendo hora de almorzar, ¿no?

—Algo comeré —asintió Star—. Lo que sí tengo necesidad de hacer es dormir una buena siesta. ¿Será eso posible, Mendicut?

—Naturalmente. No tenemos nada especial que hacer hasta el momento de reunimos con esos cubanos que traen las armas...

El encuentro tuvo lugar casi a las doce de la noche, a unas veinte millas de la costa, justo en el punto convenido, al que el «Wind of the Sea» regresó después de estar navegando describiendo un amplio círculo.

La operación del traslado de las armas se realizó a la luz de las estrellas y de la luna creciente; las dos embarcaciones permanecieron todo el tiempo con las luces apagadas, pese a lo cual Star pudo ver en un costado de la gran lancha las letras y números

que revelaban su matriculación en Florida. Es decir, que aunque aquellos hombres fuesen cubanos y las armas llegasen desde Cuba, el traslado se había hecho en una lancha norteamericana. Star no podía dejar de darse cuenta de lo bien organizado que estaba todo, ni de llegar a la conclusión de que la tal Helena tenía unas dotes excepcionales como organizadora.

Finalizada la operación del traslado, cuatro de los seis hombres que habían viajado en la lancha pasaron al yate, y los otros dos se quedaron en aquélla.

Clayborn sorprendió a Star cuando dijo:

—Bien, vamos allá. Ha llegado el momento de llamar a Helena... Hasta la vista, Mendicut.

—Que será pronto —asintió la enorme cabezota afeitada—. Adiós, Darwell.

—Hasta la vista —murmuró Star.

Sólo tenía que seguir el desarrollo de los planes, y los planes eran, evidentemente, que Star y Clayborn saltaran a la lancha matriculada en Florida. Clayborn lo hizo en primer lugar. Star saltó a continuación a la cubierta, y se volvió a mirar la reluciente cabeza de Mendicut, del que se despidió con un gesto.

—Bueno —dijo Clayborn—: a toda marcha de regreso a Miami.

—De todos modos, no llegaremos mucho antes que el yate —dijo Star.

—El yate irá muy despacio. Llegaremos bastante antes.

Poco después de separarse del «Wind of the Sea», y tras asegurarse todos los ocupantes de la lancha de que no había cerca ninguna embarcación, las luces de navegación reglamentarias fueron encendidas. Star pasó al reducido interior de la lancha, se sentó en el borde de una litera, y encendió un cigarrillo. ¿Organización «Gato Persa»? Bueno, pues era una excelente organización... ¿Y una organización así la dirigía una mujer?

Una hora más tarde, Clayborn y Darwell desembarcaban en Miami, muy cerca de Bayfront Park, es decir, a media milla escasa de City Yacht Basin, frente al cual había dejado su coche por la mañana Clayborn.

Éste, desde tierra, se dirigió a los dos hombres que quedaban en la lancha:

—Id a dejarla en su sitio, y esfumaros. Vosotros habéis

terminado. Dentro de dos días recibiréis el dinero de la forma convenida. Quiero decir, vuestra paga particular.

—Espero que no te olvides de eso, Clayborn.

—¿Alguna vez he dejado de cumplir mis compromisos?

—No.

—Y además, tenéis ya los doscientos cincuenta mil, ¿no es así?

—De acuerdo, de acuerdo.

—Al demonio, entonces. Vamos, Tom.

Thomas Darwell asintió, y comenzó a alejarse junto a Clayborn. Tenía la sensación de que todo se le estaba escapando de las manos. Como se escaparía el agua de un cesto de mimbre... Era una sensación inquietante, casi angustiada. Era como si estuviese moviéndose en una gigantesca telaraña de frágil apariencia pero en la que todos los hilos estaban perfectamente unidos.

Tardaron unos veinte minutos en llegar al coche de Clayborn, subiendo por Biscayne Boulevard y luego cruzando la parte alta de Bayfront Park. Desde allí, Clayborn condujo hasta su apartamento, ubicado en un edificio sito en la South West 15th Avenue. Cuando Clayborn detuvo el coche miró su reloj, y movió la cabeza.

—Es bastante tarde, pero si ella dijo que la llamase al «Picnic» es que debe estar allí esperando. Subamos.

Subieron al apartamento, que estaba en el tercero y último piso del edificio. Un apartamento amplio, confortable, pero sin duda alguna muy vulgar. Estaba claro que a Clayborn no le iban mal las cosas, pero todavía estaba más claro que sus gustos no eran precisamente elegantes. Un recibidor, un amplio pasillo, y luego, a la izquierda, la puerta que daba al salón. Entraron en éste, y Clayborn señaló el mueble-bar.

—Bebe lo que quieras —invitó.

—Veamos primero qué dice Helena, ¿no te parece?

—Está bien.

Clayborn se acercó al teléfono, y Star maniobró de tal modo que quedó en un sitio desde el cual podía ver perfectamente el disco y la mano de Clayborn marcando el número. Uno a uno, mientras eran marcadas las dos letras y luego los cinco números, fueron quedando impresos en la memoria de Star...

—¿Helena? —inquirió Clayborn.

—Soy Clayborn. Todo está bien.

—¿...?

—Ninguno en absoluto. Cada pieza ha cumplido su parte, y todo está funcionando como usted dispuso.

—...

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Entonces, quedamos esperando... ¿Qué?

Clayborn se volvió a mirar a Star, que se apresuró a bajar la mirada.

—Sí, está conmigo, naturalmente. ¿Quiere hablar con él?

El falso Thomas Darwell sintió como un relámpago de frío en la espalda.

—De acuerdo —decía Clayborn—. Si esto es todo, quedamos esperando esas instrucciones. Adiós.

Clayborn colgó, y Thomas Darwell se relajó y retiró la mano derecha del bolsillo, dejando de tocar la culata de la pequeña pistola. Con toda naturalidad, preguntó:

—¿Qué dice Helena?

—Tenemos que esperar, pero no sé cuánto tiempo... Aunque no creo que sea mucho. Es muy precavida.

—¿Por qué dices eso?

—Seguramente va a llamar al radioteléfono del yate de Mendicut, para asegurarse de que todo está bien también allí. Una vez las cosas estén como ella desea, nos volverá a llamar. Bueno, creo que ahora sí podemos tomarnos esa copa, ¿eh?

—Yo preferiría algo ligero. Una tónica o algo así.

—Creo que tengo en el frigorífico. Oye, ya que vas a la cocina, tráeme unos cubitos para... Deja, yo iré.

Clayborn fue hacia la cocina, y Star se quedó mirando a todos lados. Y de pronto, sintió de nuevo aquel escalofrío... Había cometido un gravísimo error: hablar. Si allí había algún micrófono, Helena había oído su voz, y sabía ahora que Thomas Darwell no era el Thomas Darwell contratado por ella. Se pasó una mano por la cara. Tenía calor, le molestaban a cada segundo más y más los rellenos en el rostro, la peluca... Sentía una fuerte opresión en el pecho.

Clayborn regresó con un par de tónicas y dos vasos, en los que había cubitos de hielo.

—Bueno —dijo alegremente—, a cada minuto que pasa estamos

más cerca de ese millón de pavos, ¿eh, Tom?

—Siempre y cuando todos juguemos limpio —murmuró Star.

—¿Qué quieres decir? —Lo miró vivamente Clayborn.

—Bueno, como tú mismo has dicho varias veces, nosotros no somos angelitos. Ni lo es Mendicut, ¿verdad? Así que me pregunto por qué ha de serlo Helena.

—¿No confías en ella? —se sorprendió Clayborn—. ¡Creí que erais buenos amigos!

—Si todo funciona, Helena tendrá que pagarnos tres millones de dólares. Y me pregunto si su amistad llega hasta esa cota.

Clayborn parpadeó. Luego, movió la cabeza, abrió una de las botellas de tónica, y la dejó sobre la mesita. Él se sirvió *whisky*, y se dejó caer en un sillón.

—Bueno —masculló—, será mejor para todos que el juego sea limpio. Mientras tanto, esperaremos. Si he de decirte la verdad, estoy reventado.

—Debiste dormir una buena siesta, como yo.

Clayborn soltó otro gruñido, y se dedicó a beber en silencio. Star miraba de nuevo alrededor. Muy bien, si allí había algún micrófono, Helena no sólo sabía ya que él no era el verdadero Thomas Darwell, sino que estaba incordiando a Clayborn. ¿Qué haría entonces?

Pasó un minuto, dos, tres... Star se puso en pie.

—Voy al lavabo.

—Está...

—Lo encontraré, hombre.

Segundos después, en efecto, encontraba el lavabo; es decir, el cuarto de baño. Si también allí había micrófonos, iba a darle un buen susto a Helena o a cualquiera que estuviese a la escucha. Sacó el paquete de cigarrillos, y alzó el que abría el canal.

—Star —susurró.

—Adelante, Star.

—¿Ha llegado el yate al canal?

—Todavía no.

—Bien. El número telefónico de «Picnic» es KU

5-2894.

Se oyó el principio de una exclamación de alegría. Sólo el principio, porque enseguida, el comunicante de Star inquirió:

—¿Dónde está usted?

—En el apartamento de Clayborn: 212, South West 15th Avenue. Él acaba de llamar a Helena, y tenemos que esperar instrucciones. Esto es todo.

Cortó, esperó un par de minutos, y regresó silenciosamente al salón. Clayborn había terminado su *whisky*, y estaba dando cabezadas. Ni siquiera se enteró de que Thomas Darwell había regresado y que volvía a sentarse frente a él. Alzó un instante la cabeza cuando sonaron los cubitos de hielo en el vaso de tónica, farfulló algo, se acomodó mejor, y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Star terminó la tónica. El silencio era total. Miró hacia el teléfono. Luego, miró la hora en su reloj de pulsera... es decir, el reloj que había sido del auténtico Thomas Darwell. Era la una y cincuenta y ocho minutos.

Cuando Star volvió a mirar la hora eran las dos y treinta y cinco. Clayborn estaba durmiendo, pero de pronto alzó la cabeza, estiró los párpados, y farfulló una maldición, mirando rápidamente su reloj.

—Me voy a servir otro *whisky* —dijo—. ¿Quieres?

—No.

Un minuto más tarde, Clayborn estaba agitando su vaso, haciendo girar dentro los dos cubitos que flotaban en el *whisky*. Bebió un trago.

—Podríamos contarnos nuestra vida mientras esperamos —dijo en tono festivo—. Eso impedirá que nos durmamos. ¿Quién empieza?

—La idea es tuya, así que empieza tú.

—De acuerdo. Ya habrás comprendido que de niño no fui precisamente un encanto de criatura. La verdad es que soy menos feo ahora que entonces. Recuerdo que...

Clayborn calló de pronto, sorprendido por la fija mirada que Darwell dirigía hacia la puerta del salón. Miró a su vez hacia allí, y respingó cuando, justo entonces, aparecía la hermosa muchacha de grandes ojos oscuros y negros cabellos largos, sueltos.

—¡Helena! —exclamó Clayborn, poniéndose en pie de un salto—. ¿Cómo has ent...?

No dijo nada más. Acababa de darse cuenta de que la bellísima Helena empuñaba en la enguantada mano derecha una imponente pistola provista de silenciador.

CAPÍTULO VI

—Clayborn —dijo secamente Helena—: es usted un imbécil.

Joe Clayborn pareció no saber qué hacer ni decir. Miró los ojos de la muchacha, de nuevo la pistola, otra vez los ojos.

—¿Por qué dice eso? —masculló, inquieto—. ¡Le dije antes que todo había salido bien, así que...!

No te canses —dijo apaciblemente Star—: Helena sabe ya perfectamente que yo no soy Thomas Darwell.

—¿Qué...?

—Vuelva a sentarse, imbécil —dijo Helena, terminando de entrar en el salón—. ¡Imbécil y mil veces imbécil!

Clayborn miraba de Star a Helena y viceversa. Lentamente, estaba comprendiendo cosas: Helena había entrado en su apartamento utilizando una llave que había preparado durante su ausencia, y, en cuanto a Darwell, pues... no era Darwell, según Helena. Pero, de las dos cosas que comprendía la que más inquietaba a Clayborn era la presencia de Helena armada de una pistola.

Pero de pronto, lo comprendió: ¡iba a matar a Darwell, naturalmente! Es decir, a quien decía ser Thomas Darwell, y al que él, siguiendo indicaciones de Helena, había ido a esperar quince horas antes al aeropuerto.

—¿Cómo que no es Darwell? —masculló de pronto Clayborn.

—No, no lo soy —dijo sosegadamente Star—. A Darwell tuve que matarlo. Pero eso no importa, porque Darwell estaba condenado a muerte de todos modos. ¿No es cierto, Helena?

La espléndida morena ladeó la cabeza, mirando especulativamente a Star.

—¿Quién es usted? —murmuró.

—Él artista invitado.

—¿Qué?

—Llámeme Star, eso es todo.

—¿Es usted de la

C. I. A.?

—Mmmm... ¿Qué es la

C. I. A.?

Helenaladeó la cabeza hacia el otro lado. Una sonrisa que parecía de hielo se deslizó por sus bonitos labios rojos.

—La

C. I. A.,

o Central Intelligence Agency, es el servicio de espionaje de los Estados Unidos de América, a la cual envió determinadas instrucciones mi organización, de la que sin duda ha oído hablar: «Gato Persa».

—Bonito nombre. ¿Y quién dirige esa organización? ¿Usted?

—Más o menos. Vaya, parece que han complicado ustedes la cuestión, señor Star.

—Se la hemos complicado a usted y a «Gato Persa».

—Por el momento, sí. Pero ¿qué han ganado con ello? Podemos reorganizarnos rápidamente.

—Eso sí lo creo —reflexionó Star—. Sólo tienen que recurrir a otros tontos como Thomas Darwell, Joe Clayborn y Norman Mendicut, y volver a las andadas. A menos, claro está, que «Gato Persa» sea exterminada... lo que no parece fácil. En cambio, sí parecía fácil eliminar a Darwell, Clayborn y Mendicut después de que éstos hubiesen hecho su trabajo. El último, Mendicut, naturalmente.

—¿De qué estás hablando? —jadeó Clayborn.

—¿Todavía no lo has entendido? Pues, si Helena no tiene inconveniente, yo puedo explicártelo.

—Ningún inconveniente, señor Star —sonrió Helena.

—Gracias. La idea era utilizar varios elementos desconectados entre sí. Por ejemplo, Thomas Darwell tenía la misión de hacerse con los doscientos cincuenta mil dólares exigidos a la

C. I. A.

Para ello, él debía comportarse muy discretamente, y, ya fuese idea de él mismo o sugerida por usted, utilizó otras personas para la recogida del dinero: primero, Gordon Blower, y luego, una joven llamada Marilyn Rutheford, personas ambas a las que, de un modo

u otro, Darwell conocía de algo. Gordon Blower recogía el dinero, acudía a Atlantic City a entregárselo a Marilyn Rutheford, y ésta lo llevaba a su apartamento. Cuando estuviesen juntos, Darwell iba allá, los mataba, y venía a Miami con el dinero. Aquí, se reunía con Clayborn, que a su vez había asumido la parte de conseguir armas y de ponerse en contacto con alguien que tuviese hombres dispuestos a todo a cambio de promesas de buenas cantidades...

—¿Promesas?

—Sólo promesas. ¡Vamos, Helena...! ¿Quién puede creer que vaya a cobrar un millón de dólares?

—Algún imbécil, ¿no? —Casi rió Helena.

—Ah, eso sí: un imbécil, sí. Pero volvamos a Clayborn, el que, a su vez, contactó con Mendicut, al que ya conocía. Mendicut ponía el yate, para ir a recoger las armas, y los hombres que estaban dispuestos a utilizarlas. Muy bien, ya tenemos, pues, que esa parte se ha cumplido, así que procedía eliminar a Clayborn y a Darwell, y quedarse solamente con Mendicut y sus asesinos, los cuales esperarían el momento de entrar en acción, en varios puntos de Estados Unidos, si la

C. I. A.

no llevaba al *Sha* a Teherán. ¿Correcto?

—Correcto.

—Podían pasar dos cosas. Una, que todo saliese bien, en cuyo caso, una vez hubiese sido entregado el *Sha* en Teherán, Mendicut habría sido también eliminado, con lo que sus hombres quedarían totalmente desconectados y sin saber qué hacer. ¡Al diablo con ellos...! La otra cosa era que algo saliese mal, como así ha sido. En cuyo caso, usted elimina a Clayborn, a mí, y luego irá a hacer lo mismo con Mendicut. ¡Y a volver a empezar!

—¿Cómo ha dicho que se llama usted? —susurró Helena.

—Star. En inglés significa Estrella.

—Señor Estrella, es usted demasiado listo... para ser sólo un artista invitado.

—Tengo una cabeza que piensa, eso es todo. Y esa capacidad pensatoria, señorita, me inclina a admirarla a usted y a su organización. No han arriesgado nada, no se han comprometido en nada, ya que en todo momento han estado utilizando personal... diverso que de ninguna manera podría ser relacionado con ustedes.

Es el plan perfecto: si sale bien, magnífico. Si sale mal, se cortan amarras y se busca nuevo personal para insistir. Han sido eliminados personajes intermedios, pero la organización «Gato Persa» sale incólume. En verdad admirable. Ahora, voy a hacerle una pregunta, aunque sé muy bien que corro el riesgo de no recibir respuesta: ¿quiénes son ustedes, bajo qué propósito están forzando a la

C. I. A.

a trasladar al *Sha* a Teherán? ¿Son un grupo patriótico iraní? ¿Pertenece «Gato Persa» a otra organización más poderosa que no quiere que su nombre aparezca de ninguna manera en esto? ¿Son un grupo de aventureros que quieren cobrar una recompensa del actual Gobierno iraní por ponerles en las manos al *Sha* y su familia? ¿Son unos fanáticos...?

—Ya es suficiente. Cállese.

—¿Por qué? ¡Pero si no tiene importancia lo que yo diga, y ni siquiera lo que diga usted, ya que ha venido a matarnos a Joe y a mí! ¿No es así, Helena? ¿No ha venido a matarnos, habida cuenta de que ya hemos cumplido nuestra misión... que ya no seríamos necesarios aunque yo fuese realmente Thomas Darwell? Sí, ha venido a matarnos, ni más ni menos. Y si no me crees, Joe, mira bien esos bellos ojos negros que no nos pierden de vista...

—¡La puta que te...! —aulló Clayborn, llevando la mano derecha hacia su sobaco izquierdo.

Tenía todas las de perder.

Helena sólo tuvo que desviar ligeramente la pistola con la que había estado apuntando preferentemente a Star, y apretar el gatillo.

Plop, chascó el disparo.

Clayborn lanzó un alarido que terminó en estertor cuando recibió la bala en pleno corazón, con tan fuerte impacto que volvió a sentarlo en el sillón. Allí, rebotó, su cabeza rebotó también contra el pecho, y todo él salió otra vez impulsado del sillón, pero ahora ya muerto, y rodó por el suelo... mientras Helena, ya desentendida por completo de él, desviaba el arma hacia Star.

Pero Star también sabía jugar sus cartas, por duras y crueles que fuesen. Simplemente, había sacrificado a Clayborn para tener su propia oportunidad de actuar mientras Helena disparaba contra el otro. Y así, cuando Helena quiso apuntarle, ya Star se había

impulsado hacia atrás, derribando el sillón, cayendo de bruces al suelo y quedando protegido por el mismo sillón volcado... mientras, con rápidos gestos, arrancaba la pistola de su muslo, y dio tal tirón para sacar la mano del bolsillo del pantalón que rasgó este... mientras una bala silbaba por encima de su cabeza y otra se hundía en el sofá con blando chasquido.

A su vez, y sin hacerse ilusiones respecto a las posibilidades auténticas, Star sacó una mano por encima del sillón, y disparó.

Plof, chascó su silencioso disparo, que fue subrayado por una ahogada exclamación por parte de Helena... Y enseguida, sonaron en el piso los tacones de sus zapatos. Star supo que Helena se estaba desplazando, lo que significaba que iba a encontrar mejor línea de tiro para dispararle, así que, velozmente, rodó por el suelo hacia detrás del sofá... mientras, en un torbellino de luces y colores, veía a Helena, cabeza arriba, cabeza abajo, cabeza arriba... y tres balas disparadas por la hermosa morena rebotaban sucesivamente en el suelo, siempre una fracción de segundo después de que él hubiese estado justo en aquel sitio...

Llegó tras el sofá, se encogió rápidamente, y se desplazó hacia un extremo...

Pese a su jadeo, a los tremendos latidos de su corazón, oyó el rápido repiqueteo de los zapatos de Helena de nuevo, pero esta vez desplazándose hacia la puerta del salón. La trampa era demasiado sencilla. Indudablemente, Helena estaba corriendo hacia la puerta del salón, pero eso no significaba que le diese la espalda: podía perfectamente correr mientras seguía apuntando hacia el sofá.

Pero ya no podía estar apuntando hacia el sofá cuando sus pasos resonaron en el pasillo. Star se puso en pie de un salto, corrió hacia la puerta... y su pie derecho resbaló. Manoteó en el aire, pero no pudo conseguir mantener el equilibrio, y cayó de espaldas, propinándose un tremendo golpe en ésta y en la cabeza, que resonó como un petardo. Se sentó enseguida, sacudió la cabeza, y justo en ese momento oyó el fuerte golpe de la puerta del apartamento al cerrarse.

Se puso en pie, corrió hacia la salida del salón... y se detuvo en seco.

¿Y si Helena había cerrado la puerta... pero quedándose dentro del apartamento?

Quedó junto al umbral, atento, escuchando. Sólo oía el latir de su propio cuerpo, y algo así como martillazos en su cabeza, que volvió a sacudir. Desde luego, si se asomaba llevaba todas las de perder, pues Helena sabía que sólo podía aparecer por aquella puerta. En cambio, él tendría que sacar la cabeza, mirar a todo lo largo del pasillo.

Pasó un minuto en completo silencio.

Un minuto que, bien alerta el oído, Star dedicó a mirar la mancha de sangre que su pie había extendido por el suelo al pisarla, y que había sido causa del resbalón. Había más gotitas de sangre en el suelo, muy pocas, pero estaba claro que había conseguido acertar a Helena, aunque, evidentemente, de escasa consideración, dada la rapidez con que ella había huido... ¿O todavía estaba allí?

«No puedo pasarme la vida así», se dijo Star.

Se quitó silenciosamente los zapatos, los dejó en el suelo, y retrocedió, quedando frente a la puerta del salón. Aspiró hondo, saltó hacia el pasillo, apuntando hacia la salida del apartamento... y se encontró solo en éste.

Solo, con el cadáver de Joe Clayborn.

Inútil salir en persecución de Helena, desde luego.

Así que Star sacó el paquete de cigarrillos, y alzó el de la conexión.

—Star —se presentó—. ¿Me oyen?

—Bien —dijo el hombre de la

C. I. A.,

han muerto Darwell y Clayborn, de modo que sólo nos queda Mendicut... habida cuenta de que ahora estamos más seguros que nunca de que tanto Gordon Blower como la señorita Rutheford son solamente unos listillos que gustan de ganar dinero fácil. Los dos hombres de la lancha podemos darlos por perdidos, ya que usted no oyó nada que pudiera ayudarnos a localizarlos... Así que sólo nos queda Mendicut... que todavía no ha aparecido con su yate.

—Ya llegará —murmuró Star—. Además, tenemos también a Helena. Supongo que están buscando el teléfono que le facilité, a fin de localizar ese lugar llamado «Picnic».

—No tardarán demasiado en encontrarlo.

—Eso les simplificará mucho las cosas, supongo.

—Star deslizó una mano por un muslo de Marylin, sentada junto

a él en el asiento de atrás del coche donde se estaba desarrollando la conversación. —Bien, puesto que están convencidos de que Marilyn no tiene nada que ver en el asunto, supongo que la dejarán disfrutar de sus vacaciones. ¿No se dan cuenta de que la muchacha está asustada?

El hombre de la

C. I. A.,

sentado delante, pero vuelto hacia Marilyn y Star, sonrió divertido.

—¿Usted no, Star?

—No demasiado. Y estoy pensando en quedarme también de vacaciones en Miami... ¿Qué te parece la idea? —Se dirigió a Marilyn.

—Me parece que... que Miami ya no es un lugar... muy seguro —dijo la muchacha.

—Oh, pero no debes temer nada estando con estos valientes muchachotes de la

C. I. A.

—Y menos, estando también nuestro valiente Star —sonrió el hombre de la

C. I. A.

—. Se está portando... Perdonen.

Había sonado la radio de bolsillo del espía, que atendió la llamada inmediatamente. Marilyn miró la mano de Star sobre su muslo, y luego le miró a los ojos. Star le pasó una mano por la nuca, la atrajo, y la besó en los labios. Ella emitió un gemidito, se abrazó con fuerza a él, y correspondió cumplidamente al beso. En un instante, ambos perdieron la noción de la realidad. Ah, sí, la boquita de Marilyn era pura miel... Star tenía la sensación de estar flotando, y le dio vueltas a la cabeza cuando ella, separando lo justo los labios de los de él, susurró:

—Podríamos ir a Acapulco...

—Yo voy a dónde tú quieras —masculló Star.

—Celebro que lo estén pasando bien —oyeron al hombre de la

C. I. A.

—. ¿Saben? ¡Me siento como Cupido!

—¿Ya ha terminado de hablar? —Respingó Star—. ¿Qué pasa?

—Poca cosa. Ha llegado el «Wind of the Sea», efectivamente por el Goulds Canal, y ha amarrado a la altura del cruce con la 12th

Avenue. Enseguida, dos hombres se han acercado y han saltado a bordo. Y están llegando más.

—¿Qué piensan hacer?

—La situación es un poco comprometida. De momento, todo lo que podemos hacer es vigilar, esperando... circunstancias más favorables. Si hubiésemos podido abordarlo antes... Pero ahora está lleno de hombres... y de armas. Atacar ese yate sería una locura. Lo ideal sería entrar en él y... bloquear las armas.

—¿Cómo, bloquear las armas? —Frunció el ceño Star.

—Bueno, digamos que si alguien consiguiese subir a bordo y llegar hasta dónde están las armas, y conseguir que nadie se acercase a ellas durante un minuto tan solo, nosotros podríamos abordar el yate y capturar a todos cuantos sujetos haya en él.

—¿Está sugiriendo que vaya yo, caracterizado como Danvell?

—No. Eso sería muy peligroso. Quizás Helena haya llamado por radioteléfono a Mendicut informándole de lo sucedido. No, no... La única persona que podría subir a bordo del «Wind of the Sea» sin riesgo alguno es, precisamente, Helena.

—¿Cree que ella se atreverá a ir al yate? —exclamó Star.

—¿Por qué no?

—Bueno, yo no soy espía, así que no voy a dármelas de listo. —Movió la cabeza Star—. Pero me parece que si yo fuese Helena no me acercaría al yate. Seguramente, llamaría a Mendicut por teléfono, eso sí... aunque también eso sería poco inteligente por parte de ella, ya que si le dice ahora la verdad de lo sucedido a Mendicut es seguro que éste va a asustarse... o al menos a ponerse nervioso.

—Sí, desde luego sería un riesgo muy grande para Helena acercarse al yate —dijo el hombre de la

C. I. A.,

con extraño tono.

—Exacto.

—Pero ella tiene que hacer algo, ¿no? Sabemos que de momento no ha avisado a Mendicut, porque si así fuese éste no habría venido a Miami, sino que estaría navegando a toda máquina alejándose de aquí. O sea, que Mendicut no sabe nada. La cuestión está en adelantarnos a Helena. Y sin embargo, realmente, el único modo de evitar una auténtica batalla sería que Helena entrase en ese yate.

Claro que es demasiado peligroso, lo sé. No tengo derecho a pedirle eso. Star.

—A pedirme, ¿qué? —se sorprendió Star.

—Bueno, olvídelo. Pero entiendo que Mendicut no conoce a Helena, ¿verdad?

—No, no la conoce.

—Es una buena oportunidad. Pero... no. No, no; no tenemos derecho a pedirle eso.

—¿A quién? ¿A mí? A pedirme ¿qué? Está usted hablando en chino para mí, así que... ¡Hey! ¡Un momento!

—Ya le he dicho que lo olvide. Sé muy bien que como transformista es usted genial, pero...

—¡Maldita sea! ¡No puede pedirme eso!

—Ya le he dicho que lo olvide.

—Se repite usted como una grabación... —Gruñó Star—, siempre dice lo mismo... pero no piensa realmente lo que dice. Más claro: es usted un hipócrita.

—En efecto —sonrió el hombre de la

C. I. A.

—. Bien, vamos a dejarlo. Buscaremos...

—Un momento. ¿Seguimos teniendo a nuestra disposición todo cuanto yo pueda pedir?

—Absolutamente todo. Pero, Star...

—¡Al demonio! Eso es un reto tremendo para mí... Y además, su idea es buena. Pero esta vez quiero mucho más de lo que me han estado ofreciendo.

—¿Qué quiere esta vez?

—Si Helena va a ese yate —susurró Star—, la señorita Rutheford será olvidada por la

C. I. A.

¿Trato hecho?

CAPÍTULO VII

Norman Mendicut apareció rápidamente en cubierta, y se acercó a la espléndida muchacha cuyas formas se perfilaban en el vestido de tono oscuro. Junto a la muchacha había dos hombres de la tripulación del «Wind of the Sea», y tras Mendicut llegaba el que había bajado al salón del yate a avisarle de la llegada de Helena.

—Ah, señorita Helena —exclamó Mendicut, tendiendo cordialmente la mano—. ¡Me alegra mucho conocerla!

Helena tendió su mano, y recibió un apretón fuerte, pero no lo salvaje que cabía temer de Mendicut. Éste señaló por encima de su hombro.

—Será mejor que vayamos abajo. Todavía están llegando algunos hombres, pero la mayoría están ya instalados en los camarotes, examinando las armas. Parecen de buena calidad.

—Es de suponer, Mendicut, que sus hombres estarán a la altura de las armas.

—Apueste a que sí. Venga, por favor.

Descendieron, pisando cuidadosamente Helena sobre sus zapatos de alto tacón, y contemplando la enorme espalda de Mendicut, que la precedía. No había nadie en el salón cuando entraron los dos. Mendicut ofreció inmediatamente un confortable sillón a Helena, que lo agradeció con una sonrisa, se sentó, y cruzó las piernas. Mendicut fue a sentarse frente a ella, y le ofreció un cigarrillo. Cuando ya Helena estaba fumando, el gigante señaló sus piernas.

—Yo comprendo que todo evoluciona, o cuando menos, cambia, pero sigo sin acostumbrarme a ver mujeres con pantalones téjanos. Sobre todo si, además, llevan zapatos de tacón alto.

—Hoy día es lo más corriente —susurró Helena.

—Sí, lo sé. Pero no me gusta. Considero que unas piernas de mujer son algo demasiado bonito para ocultarlas... ¿Le parezco demasiado... primitivo?

—No, no.

Norman Mendicut asintió, y estuvo mirando atentamente a Helena mientras encendía un cigarrillo para sí. Sus pequeños ojos duros como bolitas de hierro parecían altamente complacidos. Eran más de las cuatro de la madrugada, pero no parecía tener sueño, ni sentir la menor fatiga. Por el contrario, su interés hacia la bella visitante, tan bien maquillada y con aquella hermosa cabellera negra, parecía ir en aumento constante.

—¿Quiere tomar algo? —ofreció, expeliendo humo—. ¿Café, quizá? Cualquier cosa que desee...

—Nada, gracias. En realidad, sólo he venido a echarle un vistazo a las armas, para asegurarme de que son de la calidad que hemos pagado. Ya que usted está seguro de sus hombres, yo quiero estar segura de las armas que les he proporcionado.

—Me parece muy adecuado por su parte. ¿Todo bien respecto a Clayborn y Darwell?

La mirada de la falsa Helena sostuvo con firmeza la de Norman Mendicut, aunque de nuevo aquella sensación de frío se deslizó por su espalda.

—Todo bien. Ahora, de momento, les toca descansar.

—Sí —sonrió Mendicut—, todos tenemos un tiempo de trabajo y un tiempo de descanso. Bueno, entiendo que debo recibir de usted determinadas instrucciones respecto a los trabajos que deberán realizar mis hombres.

—En su momento. Primero, las armas. ¿Dónde están?

—En uno de los camarotes. Han salido un poco caras, pero le aseguro que son de primera calidad. Aunque yo podría haber conseguido un buen lote de armas sin tantas complicaciones... y a mejor precio, se lo aseguro.

—Yo soy quien dirige esto, Mendicut, no usted.

Mendicut alzó sus manazas.

—De acuerdo. Sólo quería... Perdón —había vuelto la cabeza hacia la entrada del salón, donde acababa de aparecer Gilfés—. ¿Sí, Gilfés?

—Le traigo la lista de los hombres que ya han llegado, señor Mendicut.

—Ah. Bueno, no es necesario, pues sé muy bien...

—Sería mejor que la examinase, por si falta alguno. Puedo

haberme equivocado en algo.

—Está bien, dame ese papel... ¿Me perdona unos segundos, señorita?

—Por supuesto —asintió Helena.

Gilíes se acercó y entregó una hoja de papel a Mendicut que la miró. Ni un solo músculo de su rostro se movió. Simplemente, leyó el contenido del papel, lo devolvió a Gilíes, y asintió.

—Correcto. Dile a Denis que salimos ahora mismo a mar abierto. Y tráenos café.

—Sí, señor.

—Espera... Será mejor que yo me quede esa lista.

Gilíes devolvió la lista a Mendicut, y éste miró sonriente a Helena, que le contemplaba con el ceño fruncido.

—Supongo que esperarán ustedes a que yo haya desembarcado, para zarpar —dijo Helena.

Norman Mendicut entornó sus ojillos, y estuvo así unos segundos. De pronto, sin haber despegado los labios, tendió a Helena el papel que había recibido de manos de Gilíes.

—Sea tan amable de leer esto —dijo.

Helena tomó el papel, y lo miró. Enseguida se dio cuenta de que no era una lista de nombres, sino unas cuantas líneas escritas rápidamente a mano. Y pese a que tampoco en su rostro hubo alteración alguna, de nuevo sintió en la espalda aquella corriente de frío al leer el mensaje que acababan de pasarle a Mendicut.

Decía:

Acaba de llamar por radioteléfono una mujer que dice llamarse Helena Carvajal, y aconseja que zarpemos inmediatamente, pues estamos en grave peligro.

Denis.

La falsa Helena alzó la mirada, que chocó con la de Norman Mendicut, en cuyos finos labios enormes había una extraña sonrisa.

—¿No es sorprendente? —preguntó.

Helena se pasó la lengua por los labios. Era inútil intentar encontrar cualquier explicación suficiente para engañar de nuevo a Mendicut. Evidentemente, el mensaje había llegado cuando ya ella estaba en el barco, y de ahí que Gilíes, no menos sorprendido que Denis, el capitán del yate, hubiese decidido entregarlo de modo tan discreto a su jefe. Todo era inútil.

Mendicut movió su bronceada cabezota.

—Usted debe estar loca —masculló—. Tengo interés por saber quién es en realidad, puesto que, obviamente, no es Helena, pero todavía me intriga más que haya venido aquí. ¡Demonios, hace falta tener cojones para eso, jovencita! ¿Qué pretendía con esto?

—Apoderarme de las armas.

Mendicut se llevó una mano tras una de sus orejotas, y echó ésta hacia delante, como queriendo asegurarse de que el enorme pabellón auditivo recogería bien las palabras de su visitante.

—A ver, a ver, repita eso... Pretendía... ¿qué?

—Apoderarme de las armas.

—Sí, había oído bien —asintió Mendicut—: apoderarse de las armas. Usted quiere decir, claro está, de las armas que tengo en mi yate, y que en estos momentos están siendo examinadas por dieciséis hombres. ¿Se refiere a esas armas?

—Sí.

—Ya. Claro. Usted no sabía que habían llegado a mi yate esos dieciséis hombres, que sumados a los cuatro tripulantes habituales, y a mí mismo, arrojamus una suma total de veintiún hombres... No sabía esto, ¿verdad?

—Sí, lo sabía.

—Lo sabía... Y pese a esto... ¿pensaba apoderarse de las armas? ¿Pensaba controlar a veintiún hombres usted sola?

—La idea era mucho más simple: sólo tenía que encerrarme con las armas, y, con ellas mismas, mantenerlos a ustedes a raya hasta que llegasen al yate unos... amigos míos.

—¡Ah! ¿Tiene usted amigos?

Star sonrió secamente.

—Unos cuantos. Precisamente son esos amigos los que tienen el «Wind of the Sea» bajo control. Eso significa, Mendicut, que no llegará usted a ninguna parte...

Justo en aquel momento los motores del yate comenzaban a trepidar. Norman Mendicut miró con sarcasmo a Helena, pero ésta vio en el fondo de sus ojos el recelo, la preocupación.

—Bueno, de momento estamos zarpando —deslizó Mendicut—. Y se cumple también otra de mis órdenes: nos traen café. ¿Le apetece?

—No.

Gilíes acababa de entrar en el salón, portando una bandeja en la que había una pequeña cafetera, una azucarera, y dos tazas. El olor era sumamente agradable.

—¿Seguro que no quiere café? —insistió Mendicut.

—Seguro.

El gigante se sirvió una taza, rechazando con un gesto el azúcar. Bebió un sorbo, ante el pasmo de la falsa Helena, pues el café estaba prácticamente hirviendo.

—¿Alguna novedad por ahí arriba, Gilíes?

—Que yo sepa, no, señor.

—Avisa que permanezcan alerta. Según nuestra bella visitante, es más que posible que algunos amigos suyos pretendan cortarnos el paso. Avisa a Denis para que sea prevista de modo especial esa... contingencia.

—Sí, señor —sonrió Gilíes—. ¿Algo más?

—No.

Gilíes se retiró. Helena había estado mirando a uno y otro hombre, reflexionando sobre el especial tono con que Mendicut había dicho las últimas palabras. Sabía que encerraban un doble significado, pero no podía adivinar cuál era.

—En definitiva, ¿quién es usted? —preguntó de pronto Norman Mendicut.

—Star.

Mendicut alzó las cejas. Luego encogió los hombros.

—Imagino que pertenece a algún organismo oficial, naturalmente. ¿El

F. B. I.,
quizá?

—Quizá.

Mendicut se sirvió otra taza de café, que alzó cuidadosamente, bien estirado el dedo meñique.

—¿Sabe? —murmuró—: no me gustan las mujeres como usted. Me hacen sentirme incómodo, digamos como... un tanto rebajado en mi condición de macho.

—Pues estaba usted dispuesto a trabajar para una mujer, la verdadera Helena Carvajal. Estuve hablando con ella, y no es menos... enérgica que yo, por decirlo de algún modo. Le dije que me sorprendía que una mujer dirigiera una organización como la de

«Gato Persa», pero, realmente, no es nada sorprendente. Lo que haga un hombre puede hacerlo una mujer. A veces, mejor. Precisamente, las mujeres...

Star saltó hacia delante, y propinó un puntapié a la mesita donde estaba la bandeja con la cafetera, enviando ésta hacia el rostro de Mendicut. Había conseguido su propósito de retener toda la atención del gigante hacia su charla, y sabía que sólo dispondría de una fracción de segundo para intentar obtener partido de ello. Si conseguía que el café salpicase los ojos de Mendicut...

No lo consiguió.

Se dio cuenta, apenas iniciado su movimiento de ataque, de que Mendicut lo había estado esperando. Y la reacción del gigante le hizo lanzar un grito de alarma, mientras, al mismo tiempo que la cafetera saltaba por el aire, alzaba las manos para proteger sus propios ojos... hacia los cuales lanzó Mendicut el contenido de la taza que tan «elegantemente» había estado sosteniendo.

La cafetera erró el blanco que Helena se había propuesto, pero no así el café que Mendicut le lanzó al rostro. Solamente se salvaron los ojos, gracias a la protección de las manos; el resto del rostro recibió el negro líquido casi hirviendo, y la falsa Helena lanzó un aullido.

Todavía estaba gritando cuando el gigantesco Mendicut cayó sobre ella en poderoso e impetuoso salto, derribándola, aplastándola contra el suelo con su peso.

—Eres muy lista, ¿eh? —rugió Mendicut—. ¡Pues ahora vas a ver lo que hago yo con las chicas listas como tú!

Con el puño derecho golpeó a Helena en el costado izquierdo, en impacto terrible, que hizo aullar de nuevo a Star, cuyo rostro, bajo la densa capa de maquillaje que le confería un tono moreno parecido al de la auténtica Helena, estaba pálido, demudado. Intentó librarse de la presión de aquella mole de músculos, pero Mendicut rió, y volvió a golpear en el mismo sitio.

Se estaba divirtiendo... pero menospreciando las verdaderas posibilidades del enemigo que creía tener perfectamente controlado.

Lo comprendió cuando, de pronto, Star consiguió liberar un brazo, lo echó hacia un lado, colocó la mano de canto, y lanzó un potente golpe de karate hacia la oreja de Mendicut. Fue un trallazo impresionante, que habría puesto fuera de combate a un enemigo

corriente. Pero Mendicut no era un enemigo corriente. Acusó el golpe, desde luego, pero sólo eso. No le afectó de forma apreciaba, y, lanzando un rugido de furia, repitió el golpe contra las costillas de Star, que se quedó sin aliento.

Intentó, pese a todo, volver a golpear en la cabeza a Mendicut, pero éste giró, siempre aplastándole con su peso, y asió el brazo que Star había liberado.

—Te lo voy... a romper como si fuese... un fideo —jadeó el coloso.

El cuerpo de Star se movió bajo el de Mendicut lo justo para quedar un poco de costado. Movié su rodilla izquierda, y alcanzó con un seco golpe los genitales de Mendicut, que lanzó otro bramido, asió el brazo, doblándolo, y se dispuso a romperlo...

Star alzó la cabeza, asió con sus dientes una oreja del gigante, y mordió y estiró, salvajemente.

Norman Mendicut lanzó un pavoroso berrido, se olvidó del brazo de Star, y de un salto quedó de rodillas junto a este... contemplando con expresión desorbitada el trozo de oreja que había quedado en la boca de la falsa Helena Carvajal, que en aquel momento la escupía hacia su rostro. Mendicut se estremeció, y, chorreando sangre como si su recortada oreja fuese una fuente, saltó de nuevo sobre Star, con las enormes manos tendidas como garras.

—¡Te voy a hacer pedazos! —vociferó—. ¡Te voy a partir en mil pedazos con mis manos, te voy a...!

El puñetazo, en plena boca, le hizo bramar de nuevo, y sus manos se cerraron en el vacío mientras Star giraba hacia su derecha. Inmediatamente, llevó la mano derecha al bolsillo, dispuesto a sacar la pequeña pistola...

Ése fue su error.

Mendicut cayó de nuevo sobre Star, aplastándole de tal modo que la mano derecha de éste quedó dentro del bolsillo, sin posibilidad alguna de poder ser retirada. Por entre los rugidos de Mendicut se oyeron gritos de hombre, y casi enseguida, Gilés y otro hombre más aparecieron en el salón, pistola en mano.

—¡Señor Mend...!

—¡Fuera! —aulló Mendicut—. ¡Fuera de aquí, volved arriba y estad atentos a cualquier ataque! ¡Yo me encargo de esta...! ¡Fuera

de aquí, he dicho!

—Sí... Sí, señor...

Desentendiéndose ya de sus hombres, Mendicut alzó el puño derecho, y lo dejó caer, como si fuese un martillo, sobre el centro del pecho de Star. El golpe resonó fuertemente. Star retumbó todo él, y acto seguido cerró los ojos y quedó inmóvil.

Sobre él, jadeante, Mendicut estuvo irnos segundos. Se llevó una mano a su partida oreja, lanzó un aullido de rabia, y alzó el puño de nuevo, ahora sobre el rostro de su desvanecido contrincante...

—No —jadeó—. ¡No! ¡No voy a matarte así! ¡Vas a ver...!

Se puso en pie, y estaba inclinándose hacia Helena, cuando varios hombres aparecieron, por el pasillo de los camarotes, todos armados de pistolas, alarmada la expresión.

—Señor Mendicut, ¿qué...?

—Volved al camarote —rugió Mendicut—. ¡Seguid con lo vuestro!

—Pero...

—¡Volved al camarote he dicho! ¡Y no salgáis de él a menos que alguien de la tripulación o yo mismo vaya a buscaros! ¡Seguid preparando las armas!

—De acuerdo, sí... De acuerdo...

Los hombres regresaron por el pasillo, mientras Mendicut, con fácil gesto, alzaba a Helena y se la cargaba en un hombro, echando a andar tras ellos, bramando maldiciones espantosas. Abrió de un puntapié la puerta de su camarote, entró, y cerró por el mismo procedimiento. Con largas zancadas llegó junto a la cama, arrojó en ésta el cuerpo de Helena, y farfulló:

—Vas a ver... ¡Vas a ver!

Se quitó los pantalones con gestos bruscos, y se puso de rodillas en la cama, junto a Helena, cuyo rostro golpeó con la diestra de revés y de derecho, haciéndolo oscilar.

—Despierta... ¡Despierta, puerca! ¡Te voy a destrozar, pero no con las manos precisamente...! ¡Te voy a partir en dos!

Helena agitó los párpados, los abrió... Su turbia mirada se avivó de pronto, y quedó fija en el sangrante gigante que se cernía sobre ella.

—¡Quítate los pantalones! —rugió Mendicut—. ¡Quiero verte las piernas, y algo más...! ¡Vamos, quítatelos enseguida, hazlo ya,

quítatelos!

Las quemadas manos de Helena fueron hacia el cierre de los pantalones, lo desabrochó, bajó la cremallera... Mendicut asió el borde de los pantalones, los bajó de un tirón brutal que se llevó también hacia abajo los «Wong», y se quedó mirando, atónito, incapaz de reaccionar, la parte superior de los velludos muslos y la revelación extraordinaria sobre el auténtico sexo de su presunta presa. El gesto de pasmo era desorbitado en el rostro del gigante.

Pero Helena Star no había quedado pasmado, ni mucho menos. Su mano derecha asió la pistola, la arrancó de un tirón, y colocó la punta en el bajo vientre de Mendicut. Éste soltó un rugido de pronto, y se dejó caer con todo su peso sobre Helena, intentando que la pistola que ésta empuñaba quedase entre ambos cuerpos paralelamente, pero no llegó a tiempo.

Plof, se oyó apenas el chasquido del primer disparo efectuado por Helena. Mendicut quedó inmóvil, como sorprendido.

Plof.

El gigante parpadeó. Luego, un leve gesto, más de desconcierto que de dolor, apareció en su rostro.

Plof, plof, plof, plof...

Era demasiado incluso para Norman Mendicut. Su cabeza se abatió de pronto, golpeando su frente la de Helena, que se lo quitó de encima con un fuerte empujón y saltó de la cama, quedando junto a ésta apuntándole.

Pero Mendicut ya no podría moverse jamás.

Star aspiró profundamente, dejó la pistola sobre la cama, se subió los pantalones, y los abrochó, subiendo acto seguido la cremallera. El oscuro maquillaje se estaba derritiendo; el maquillaje que había salvado la piel de su rostro de las terribles quemaduras que le habría producido el café. Bajo la tremenda transpiración, el maquillaje se derretía, se deslizaba, la espesa capa caía en churretes hacia el cuello, dejando al descubierto la verdadera piel de Star y el tono ligeramente azulado de la bien afeitada barba.

La sensación del maquillaje era tan angustiada que Star procedió a limpiarlo enérgicamente con una sábana. Le dolía todo, pero, de pronto, se quedó mirando las manos, que sí habían sufrido quemaduras de cierta importancia, en las palmas. Seguramente, no quedarían señales, pero, aunque así fuese, no se verían, porque las

palmas...

En aquel momento, el «Wind of the Sea» se estremeció, y casi simultáneamente se oyó la fuerte explosión, que pareció desplazar los pies de Helena, como si el suelo estuviese resbaladizo.

CAPÍTULO VIII

Apoyándose en la cama para sostener el equilibrio, Star sacó con la mano libre el paquete de cigarrillos, y tiró con los dientes del que abría el canal.

—¡Star! —se presentó con sonoro grito—. ¿Qué están haciendo? ¡Estoy todavía dentro del yate!

—¡No estamos haciendo nada! ¡La explosión se ha producido en el mismo yate! ¡Salga de ahí inmed...!

Se produjo otra explosión en el mismo momento en que Star comprendía, con alucinante claridad, lo que estaba ocurriendo: bajo el casco del «Wind of the Sea» estaban explotando cargas explosivas. Y la segunda carga fue tan potente que, alrededor de Star pareció que las imágenes se multiplicasen por mil; era como si hubiese mil camarotes retumbando, crujiendo, partiéndose...

Partiéndose.

«Los depósitos de combustible —pensó con pavorosa nitidez Star—. ¡Van a estallar de un momento a otro!».

Agarrado a la cama como si fuese su única salvación, miró hacia las dos redondas portillas del camarote, una de las cuales había quedado colgando. Se oían gritos, todo crujía y giraba, el rumor de agua era fortísimo... Star dejó caer la radio, se olvidó por completo de la pistola, y saltó hacia la portilla arrancada. Sus manos pasaron, buscaron algún asidero fuera... No había nada. Las retiró, calculó la distancia, y saltó, como zambulléndose, con las manos juntas por delante. Sus hombros pasaron por el hueco, y quedó sobre el vientre en la parte inferior. Apoyó las manos en el casco, y se impulsó hacia el mar. Pasó hasta las rodillas, giró, y todo el cuerpo se deslizó fuera del yate.

Se estremeció cuando entró en contacto con el agua, y, absurdamente, dada su situación, pensó que el agua fría iría bien a las quemaduras de sus manos.

En el momento en que comenzaba a nadar enérgicamente bajo el agua, alejándose del yate, éste quedó, de pronto, envuelto en una enorme llamarada, y se produjo otra explosión, más fuerte que las anteriores.

Star tuvo la sensación de que una mano blanda pero poderosísima le empujaba brutalmente.

Cuando abrió los ojos vio los rostros de dos hombres inclinados sobre el suyo. Dos rostros cuya expresión era tensa, preocupada, casi angustiada.

—¿Cómo se siente? —preguntó uno de los hombres.

Star quiso hablar, y notó entonces el dolor en la garganta, la fuerte, irritación. Pero consiguió preguntar:

—¿Qué ha pasado?

—Tenemos nueve prisioneros, que están en la otra lancha. Son los que se salvaron, como usted. Los demás, están en el fondo del canal... es decir, en el mar, pues ya habían salido del canal cuando comenzaron las explosiones. Tuvo usted suerte de salir a flote. Pero si lo recuerda, le dijimos que era una locura ir al yate sin ayuda de ninguna clase y...

—Está bien, está bien. ¿Tengo algo roto? ¿Cuál es mi estado físico, exactamente?

—Que me maten si lo entiendo, pero está perfectamente... salvo sus manos. Se las hemos vendado.

Star asintió con un gesto.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Los dos agentes de la

C. I. A.

mostraron un gesto de pasmo.

—Por todos los demonios —masculló uno de ellos—. ¿Qué huevos importa la hora que sea?

—Son casi las cinco de la mañana, Star —sonrió el otro—. Y hemos localizado ya el lugar llamado «Picnic», de modo que prácticamente no necesitamos nada más para intentar terminar este asunto. Y le tenemos reservada una pequeña sorpresa: ¿le gustaría pasar las vacaciones con la señorita Rutheford en las Bahamas?

—¡En las Bahamas! ¡Claro que no! ¡Allí está el *Sha*... según se dice, que yo maldito si lo sé! ¿Dónde está Marilyn?

—Estoy aquí —apareció la muchacha por entre los hombres de

la

C. I. A.

—. Me trajeron a esta lancha finalmente porque nos la van a prestar para que nos vayamos de vacaciones con ella a las Bahamas.

Marylin se sentó en el borde de la litera en la que yacía Star completamente desnudo y envuelto en una manta; se inclinó sobre él, y le besó en los labios, suavemente.

—Usted ha cumplido, y nosotros cumplimos —oyó Star como entre música la voz de uno de la

C. I. A.

—. Si les gusta la idea, pueden marcharse ahora mismo. Y si no quieren ir a las Bahamas, pueden ir a Flamingo, por ejemplo. O a los Cayos. O a...

Star apartó casi rudamente a Marylin, y se quedó mirando torvamente al hombre de la

C. I. A.

—¿Y por qué tanta prisa en darnos vacaciones? —Gruñó.

—Bueno, dudo que usted pueda hacer nada más, Star. Espero que no le moleste que le deseemos unas felices vacaciones. Lo ha hecho muy bien... Tanto, que quizá recurramos a usted en otras ocasiones.

—Oigan, no pueden tratarme como a un niño, ¿de acuerdo? ¿Dónde está y qué es «Picnic»?

—Es la sede de un centro juvenil excursionista.

—¿Un qué? —exclamó Star, atónito.

—Un centro juvenil excursionista. Cuatro de los nuestros están vigilando ese lugar, pero parece que está cerrado, que no hay nadie allí. Sin embargo, alguien acudirá, en un momento u otro. Bueno, puesto que parece ya totalmente recuperado, ¿por qué no nos dice qué pasó en el yate?

Star lo explicó todo, rápidamente. Cuando terminó, el hombre de la

C. I. A.

asintió con un gesto.

—Es evidente que el «Wind of the Sea» llevaba adheridas al casco varias cargas explosivas, que sin duda debieron ser colocadas en determinado momento por uno o varios hombres-rana. Lo que concuerda con todo lo demás; Mendicut también sería eliminado en

la ocasión conveniente, por el simple procedimiento de activar por radio esas cargas explosivas. Y puesto que, igual que Darwell y Clayborn, ya estaba al descubierto, la ocasión había llegado.

—Vaya... No se puede decir que Helena sea un angelito, ¿verdad?

—Ni mucho menos. Está claro que es la jefa de «Gato Persa».

—¡«Gato Persa»! —bufó Star—. ¡Ni el más ingenuo creería eso! ¡Tiene que ser un servicio de espionaje el que está detrás de Helena! ¡Y de los importantes!

—Puede. Pero oficialmente «Gato Persa» es sólo un grupo de... fanáticos particulares, y hemos de obrar en consecuencia, ya que de otro modo... Un momento —la radio de bolsillo había sonado, y el espía atendió rápidamente la llamada—. ¿Sí?

—Una mujer acaba de entrar en el «Picnic» —se oyó una voz de hombre en el pequeño aparato.

—¿Ha llegado sola?

—Sí, sola.

—¿Quién le ha abierto la puerta del centro excurs...?

—Nadie. Ella tiene llave.

Star hizo señas, y la radio le fue acercada a la boca.

—¿Es joven, alta, morena, de cabellos largos? —preguntó.

—Ah, hola, Star... Sí, en efecto, así es.

—Ésa es Helena Carvajal, seguro.

—Bueno, pues ya la tenemos, entonces. ¿Cómo está usted?

Star miró hoscamente al hombre de la

C. I. A.

que sostenía la radio ante él.

—De modo que es sólo un grupo de fanáticos particulares, ¿eh? Bueno, en ese caso, no tendrá usted inconveniente en que sea yo quien se encargue de Helena. Quiero ir a por ella.

—Vamos, Star, no se pase.

—Esa mujer es muy peligrosa —murmuró Marylin.

—¡Y ha estado a punto de matarme dos veces! Por eso, y por un pequeño detalle, me gustaría ser yo quien fuese a buscarla. No he estado haciendo las cosas tan mal, ¿verdad?

—Desde luego que no —admitió el hombre de la

C. I. A.

—. Pero...

—¿Por qué ha de intervenir la poderosa

C. I. A.

en un asuntillo como éste? —masculló Star—. ¡Sólo es una mujer, y he demostrado que soy un hueso duro de roer! ¿Por qué no pueden darme el gusto de que sea yo quien la capture, después de que me he estado jugando la vida por ustedes? ¿Eh? ¿Por qué no?

Helena Carvajal contempló cómo las pequeñas tarjetas se quemaban en el cenicero, removi6 acto seguido las cenizas con la punta de un bolígrafo, y luego fue a tirarlas al inodoro, del cual vació la cisterna apretando el botón. Lavó bien el cenicero, lo secó, y fue a dejarlo en su sitio. Finalmente, fue al pequeño dormitorio del diminuto apartamento en el piso alto de «Picnic», agarró la maleta, echó un tenso vistazo alrededor, y movió la cabeza.

Seguro que no se dejaba nada.

Salió del dormitorio, cruzó el pequeño comedor-sala de estar-recibidor, y abrió la puerta...

La punta de una pistola quedó casi tocando su nariz, y el sobresalto fue tal que Helena Carvajal ni siquiera pudo reaccionar soltando un respingo. Se quedó mirando un par de segundos la boca de la pistola. Luego, miró el rostro que había tras el arma.

—Volvemos a encontrarnos —susurró Star—; como suele decirse, el mundo es un pañuelo.

Helena Carvajal estaba lívida. Cerró los ojos, y quedó así, inmóvil, como si se hubiese convertido en una estatua...

—Deje la maleta a un lado de la puerta, retroceda, y gire despacio hasta quedar de espaldas a mí. Así... Muy bien —Star cerró la puerta con un pie, sin dejar de mirar a la muchacha—. ¿Sabe? Mis amigos no querían dejarme venir, pero creo que me debían esto, después de los malos ratos que usted me ha hecho pasar, primero en el apartamento de Clayborn y luego en el yate de Mendicut... A propósito, ¿qué tal su herida?

Helena se pasó la lengua por los labios.

—Bien —musitó—. Fue solo un arañazo en un brazo.

—Estuvo de suerte. ¿Lleva encima algún arma?

—No.

—¿No? Sorprendente. Espero que me perdone si le toco los pechos, Helena. No es por gusto personal, se lo juro. Otra cosa: si se mueve un solo milímetro le meteré una bala en la columna

vertebral. No sé qué pasará luego, pero usted ya tendrá esa bala en el cuerpo, ¿lo ha entendido?

—Sí.

—Muy bien.

Star se acercó a Helena, y le pasó las manos en primer lugar por el pecho, buscando sin miramiento alguno la presencia de una pistola. Pero no la encontró allí, sino entre las ingles. Notó el duro contacto, y apretó más su pistola contra la columna vertebral de Helena.

—Súbase la falda. Y permanezca con ella en alto, con las manos bien visibles.

Helena obedeció. Star arrancó la pistola del muslo, retrocedió, y la miró, todavía con un par de tiras de esparadrapo sujetas al cañón y a la culata.

—En cierto modo, nos parecemos —murmuró—. Quiero decir que nuestros recursos son parecidos. La diferencia entre nosotros está en que mientras yo soy un simple artista invitado a esta tiesta, usted es una profesional del espionaje. ¿O no?

—No.

—Vaya a sentarse en ese sillón.

Helena volvió la cabeza, vio la vendada mano izquierda de Star, con su pistola, señalando uno de los sillones, y fue a sentarse. Star se sentó en otro sillón.

—¿No es usted una profesional del espionaje? —insistió.

—Yo, no, pero usted sí —replicó Helena.

—Que no, mujer; yo soy un... colaborador esporádico al que se le pidió como favor especial que colaborara, habida cuenta de mis habilidades para el disfraz. Me fueron a buscar, me dijeron que tenía que caracterizarme como Gordon Biower para acudir a una cita a fin de no perder una pista... y así empezó todo para mí. Espero que admita que soy un experto en disfraces: ahora mismo, aunque mi voz es la del hombre que usted conoció en el apartamento de Clayborn, mi aspecto es otro. De veras: sólo soy un artista invitado. Pero usted... ¿qué, y quién es usted?

—Me llamo Helena Carvajal, y soy la secretaria de la Junta Directiva del centro juvenil excursionista «Picnic». Soy de origen cubano, pero norteamericana de nacionalidad. La Junta tuvo la amabilidad de cederme esta parte del edificio como vivienda, como

agradecimiento a mi dedicación e interés por todos los asuntos de «Picnic».

—¿Sabe, Helena? Ha dicho todo eso como el niño que recita una lección admirablemente aprendida. Mire, yo no soy muy listo en estas cosas del espionaje, pero sé que está mintiendo. Es algo que se nota, que se percibe.

—Tiene usted una percepción... desorbitada, Star.

Star sonrió levemente.

—Vamos a hablar en serio, Helena —dijo con tono amable—. Mire, usted contrató a Thomas Darwell y a Joe Clayborn. El primero, a su vez, contrató a Gordon Biower y a Marilyn Rutheford. El segundo, también a su vez, contrató la compra de armas a unos cubanos y los servicios de Norman Mendicut y su grupo de especialistas en asesinatos. Thomas Darwell tenía que matar posteriormente a Biower y a la Rutheford, usted habría matado a Darwell y Clayborn primero, y luego a Mendicut, con las cargas que unos amigos de usted con equipo de hombre-rana colocaron en el casco del «Viento del Mar». Cada uno iría muriendo en el momento oportuno, es decir, cuando sus servicios hubiesen dejado de ser necesarios. Y esos servicios, en definitiva, se reducían a que los hombres de Mendicut, bien armados con armas que no podrían nunca ser detectadas y/o identificadas, se dedicasen a asesinar cada día diez personas en los Estados Unidos hasta que el *Sha* y su familia hubiesen sido entregados en Teherán. Desdichadamente para usted, mi modesta intervención ha ido precipitando los acontecimientos de un modo desfavorable para «Gato Persa», así que tuvo que eliminar a Mendicut y los suyos antes de hora... Pero no ha pasado nada. Se iba de aquí con sus cosas, y, ya fuese usted misma en otro lugar, o bien otro compañero de usted, el plan seguiría en marcha... Es un plan implacable, frío, bien razonado, cruel. ¿De verdad pretende que yo, aunque sea un simple invitado en el juego, me crea que todo eso lo ha pensado usted? ¿De verdad espera de mí que sea tan rematadamente tonto?

—Ésa es la verdad.

—Va a conseguir que me enfade.

—Haga lo que guste. Pero el plan es mío... y no del todo, desde luego.

—¡Ah! ¡No del todo...! ¿Quién más interviene?

—Varios muchachos del «Picnic».

—¿Qué?

—Ya se lo he dicho. Todo lo organizamos unos cuantos jóvenes del centro excursionista.

—Muy bien. Considero una estupidez seguir esta conversación, así que vamos a dejarlo. Llamaré a los agentes de la

C. I. A.

que me pidieron ayuda, y que sabrán... interrogarla de modo adecuado. Yo no tengo interés alguno en ponerme desagradable con usted. Bien: ¿no tiene nada más que decir?

—Puedo demostrarle que lo que digo es cierto.

Starladeó la cabeza.

—No me diga.

—¿Me permite llamar por teléfono?

—Por supuesto que no.

—Entonces, no podré demostrarle nada.

—Demostrarme, ¿qué? ¿Qué un grupo de muchachos han conseguido armas como ésta? —Mostró la pistola de Helena—, cargas explosivas, contactos con gente de la ralea de Darwell, Clayborn y Mendicut... ¿y que han sido capaces de pergeñar un plan digno del más astuto servicio secreto? ¿Eso quiere demostrarme?

—Puedo hacerlo, pero usted no me lo permite.

—Pero... ¿por qué? ¿Qué persiguen con ese plan?

—Odiamos al *Sha* del Irán y todo lo que él representa de imperialismo, de explotación de masas, de escarnio a la humanidad entera, de poder absoluto... ¡Él y todos los que hacen lo mismo que él ha estado haciendo son unos cerdos! ¡Y por eso queremos que sea entregado en Teherán, para que sea ejecutado, para que sirva de ejemplo a tantos dictadores imperialistas! ¿No puede usted entender esto?

Star se quedó mirando atentamente a Helena, entornados los párpados. ¿Era una loca? ¿Una espía profesional magistral?

De pronto, Star dejó a un lado la pistola de Helena, sacó la radio de bolsillo que le habían entregado los de la

C. I. A.,

y pulsó el resorte de llamada.

—Star —dijo.

—Adelante, Star.

—Suban.

Un minuto más tarde, tres agentes de la

C. I. A.

entraban en el pequeño apartamento, cuya puerta había dejado abierta Star. Se quedaron mirando en silencio a Helena Carvajal, quien a su vez les dirigió una mirada hostil.

Star se puso en pie, se acercó a los tres hombres, y estuvo cuchicheando con ellos durante un par de minutos. Hubo visibles controversias, pero la persuasión del artista invitado era considerable. Finalmente, los tres hombres asintieron.

Star se volvió hacia Helena Carvajal, y señaló el teléfono.

—Llame a sus amigos —autorizó.

CAPÍTULO IX

El primero en llegar, cuando todavía no eran las siete de la mañana, fue Peter, un muchacho alto, desgarrado, rubio como el mismísimo sol, y guapo como pocos. Su edad: diecisiete años. Llegó en motocicleta, todavía con cara de sueño, pero suficientemente espabilado por el interés que la intempestiva reunión había despertado en él. Dejó la moto frente al «Picnic», cuya puerta estaba abierta, y subió en un par de zancadas al piso donde Helena tenía su apartamento.

—Hola —saludó jovialmente, cuando Helena le abrió la puerta—. Aquí me tienes, dispuesto a... ¿Soy el primero?

—Sí. He preparado café.

Peter frunció el ceño.

—Prefiero una
coca-cola,
si no te importa.

—¿No es demasiado temprano para esas porquerías?

—Me jode un horror el café, ¿sabes? Y te diré por qué: más que nada porque los árabes tienen café.

—Pero este café no es árabe —intentó sonreír Helena.

—Da lo mismo. Al menos, sé seguro que la
coca-cola
es de casa. Bueno, ¿qué es lo que pasa?

—Tenemos reunión.

—Eso ya me lo has dicho por teléfono. Pero quisiera...

—Te traeré la
coca-cola
—interrumpió Helena.

Aldo y Esther llegaron cuando Peter estaba tomando
coca-cola

y Helena una taza de café. Aldo era pelirrojo, largo y delgado,

pecoso y simpático. Tenía diecinueve años. Esther, su amiga, a la que había pasado a recoger con el coche de su padre, tenía dieciséis años, era morena, más bien regordita, y, según aseguraba muy seriamente el larguirucho Aldo, hacia el amor de maravilla, era una amante perfecta, apasionada y alegre. Estos dos aceptaron café.

A los pocos minutos llegaron Mary Ann y Lucy, dos jovencitas de diecisiete años, desenvueltas, encantadoras, ataviadas con «bluejeans» y camisas de colores. Mary Ann era casi tan rubia como Peter, y Lucy era morena, con unos senos absolutamente impresionantes, pero a los que ella río parecía conceder especial importancia: los tenía, y eso era todo. A Mary Ann le gustaba la leche malteada con galletas. Lucy preguntó si alguno tenía un «petardo», y cuando le dijeron que no se dedicó a masticar un par de aspirinas.

El último en llegar fue Godfrey. Dieciocho años, alto, gordo, serio, provisto de unos enormes ojos azules saltones y relucientes. Pidió disculpas por llegar en último lugar, pero es que se había acostado muy tarde, porque había estado haciendo el amor con Linda en su coche. Sí, hombres, Linda, la tonta aquella que siempre le había estado persiguiendo, y que al final lo había pillado en un momento amable y la había complacido...

Helena conocía bien los gustos de Godfrey, de modo que le preparó un abundante desayuno sólido: bacón, huevos, pan.

—Muy bien —dijo poco después Godfrey, todavía con la boca llena, y mientras los demás hablaban entre sí animadamente... Es un buen desayuno, Helena. Y ahora... ¿qué pasa?

—Tenemos que dejar todo el proyecto —dijo Helena.

Se hizo un silencio súbito, y todos se quedaron mirándola.

—¿Dejarlo todo? —susurró al cabo de unos segundos Peter.

—Eso he dicho.

—Pero... ¿por qué? —exclamó Esther.

—Me temo que pese a todas nuestras precauciones, hemos sido descubiertos. O estamos a punto de ser descubiertos.

—¡Eso no puede ser! —rechazó Aldo—. ¡Fue un plan muy bien pensado, tomamos todos mucho interés en él, estudiamos toda una serie de preocupaciones... ¡digo de precauciones!

Algunos rieron el error de Aldo. Helena alzó las manos.

—Estaba dispuesta a marcharme sin deciros nada, porque estoy

asustada, pero comprendí que no podía haceros eso. Me pareció una traición demasiado asquerosa.

—¿Quieres decir que pensaste en escapar dejándonos a nuestra suerte, sin advertimos? —murmuró Lucy.

—Sí. Pero ya veis que he seguido fiel a la organización «Gato Persa». No quisiera...

—¿Cómo sabes que hemos sido descubiertos? —La interrumpió Mary Ann—. A mí me parece imposible. Lo estudiamos todo muy bien, y...

—A mí no me gusta eso de que pensases escapar sin avisamos, francamente —dijo Godfrey—. ¿Por qué lo pensaste?

—Bueno, Godfrey, yo tengo veinticinco años, y el mayor de vosotros tiene diecinueve... Si nos detienen, nadie querrá creer que todo el plan ha sido pensado entre todos, que cada uno de vosotros ha ido aportando tantas ideas como yo, que todos hemos estado buscando gente adecuada, que hemos conseguido algunas armas y todo lo demás... Pensarían que yo, como el elemento mayor del grupo, era algo así como el jefe y la instigadora de todo.

—¿Quieres decir que tendrías más responsabilidad que los demás? —preguntó Aldo.

—Exactamente. Y la verdad, tengo miedo.

—Bueno, cálmate —deslizó amablemente Godfrey—. En primer lugar, nadie nos ha descubierto todavía. Y en segundo lugar, si uno de nosotros cae sabe que cuenta con el apoyo de todos los demás. En cuanto a ti, Helena, ninguno de nosotros dejaría de explicar a quien fuese que «Gato Persa» somos todos, y que tú eres un elemento más del grupo, simplemente.

—Sí, pero al haberme movido yo más que vosotros, al haber hecho contacto con esos canallas que debían hacer la parte sucia si llegaba a ser necesario... creerán, seguirán creyendo que todo es obra mía, cuando la realidad es que si yo me he movido más ha sido porque podía hacerlo sin llamar la atención de nadie, o menos que vosotros, ya que no tengo que dar explicaciones a mis padres ni a nadie.

—¡Está bien, ya te digo que si pasa algo todos diremos la verdad de nuestro grupo! Aquí todos hemos pensado, todos hemos aportado algo, y así será hasta el último momento. Ahora, lo que interesa es saber por qué crees que hemos sido descubiertos...

—En cierto modo, me alegro —dijo Esther.

Todas las miradas quedaron fijas en ella. Godfrey frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —Gruñó.

—Bueno, todo eso de matar diez personas cada día...

—¡Eres tonta! —la increpó Peter—. ¡No habría sido necesario matar a nadie, porque la

C. I. A.

habría cedido, como cedió entregando el dinero! ¿Cómo habían de permitir que fuesen muriendo por decenas ciudadanos norteamericanos a cambio de ese cerdo del *Sha*, por muchos intereses extraños que coincidan entre él y Washington? ¡Lo habrían entregado, y «Gato Persa» no sólo habría conseguido su objetivo, sino que eso sería el principio de sus actividades...!

—Además, suponiendo que la

C. I. A.

se hubiese resistido al principio, habría terminado cediendo, y sólo habría sido necesario que hubiesen muerto diez personas —intervino Aldo—. ¡Y ya las habríamos seleccionado nosotros adecuadamente! ¡Hay mucho cerdo en casa que merece ser sacrificado!

—Sí —vaciló Esther—. Eso es verdad, claro.

—Bueno, ya basta de seguir con ese tema. Todo estaba decidido, ¿no? Que hable Helena, que diga por qué cree que hemos sido descubiertos. ¿Helena?

Helena Carvajal, que era la única que permanecía en pie, fue mirando de uno a uno a los muchachos allí reunidos. Estaba muy pálida, y todos se dieron cuenta de ello.

—Lo siento —susurró.

—¿Qué? —Alzó las cejas Godfrey—. ¿Qué es lo que sientes?

Helena fue hacia la puerta que comunicaba el comedor-sala de estar-recibidor con el único dormitorio, y dio un par de golpéenos en ella, abriéndola acto seguido. En el umbral quedaron visibles dos hombres, que enseguida pasaron al comedor... dejando visibles a otros dos, que a su vez pasaron también al comedor. Los cuatro hombres aparecían sombríos.

La impresión había sido tan fuerte para los muchachos que ninguno acertó a decir nada. Estaban como paralizados, demudados

los rostros.

—Son de la

C. I. A.

—explicó Helena, con voz tensa—. Hubo mala suerte, y todo salió mal. Nuestra única compensación es que según el plan, hemos eliminado a canallas como Darwell, Clayborn y Mendicut. Por lo demás, ya veis: hemos sido descubiertos.

—Nos has tendido una trampa —jadeó Peter—. ¡Tú nos has tendido una trampa a nosotros, a tus compañeros de «Gato Persa»!

Star se adelantó.

—Es lo mejor que ha podido hacer Helena por vosotros —dijo con tono firme—. Habría sido muy penoso y desagradable tener que ir a buscaros uno a uno a vuestras casas, en las que, supongo, nadie sabe nada de todo esto. Aunque ahora no os lo parezca, lo cierto es que Helena os ha hecho un favor. ¿Vais armados?

—No —replicó Helena por todos—; aquí nunca traemos armas. Sólo yo disponía de la mía, porque en algún sitio seguro tenía que tenerla.

—Está bien. —Star estaba pálido. Su consternación e incredulidad eran evidentes cuando se volvió hacia los tres agentes de la

C. I. A.

—. Me gustaría evitarme todo esto. ¿Es posible?

—Desde luego —asintió uno—. Ya ha hecho usted suficiente. Le deseamos feliz regreso. —El agente sacó una pequeña radio, y efectuó la llamada—. Está bien, subid tres más. No quiero complicaciones con estos niños...

—¿Cómo? ¿Niños? —Se puso en pie de un salto Peter, reaccionando—. ¡Nosotros somos ya...!

—¡Cállate! —le gritó el hombre de la

C. I. A.,

avanzando hacia él, demudado el rostro, alzada la diestra—. ¡Cállate, o te parto la cara, maldito estúpido! ¡Sólo con que te vea volver a mover los labios te... te...! ¡Malditos imbéciles!

—Desde luego, es todo un triunfo —murmuró Star—: La

C. I. A.,

detiene a la organización «Gato Persa», cuyos componentes están todavía en la Secundaria. ¡Gran redada!

El agente de la

C. I. A.

miró a Star, aspiró hondo, y bajó la mano. La puerta del pequeño apartamento se abrió, y entraron tres hombres más, pistola en mano. Captaron enseguida la situación, y guardaron sus armas, mohínos.

—Venga —dijo otro espía—, todos a los coches. Vamos a ver si aprovechando que es muy temprano podemos evitar publicidad a este asunto. ¡Vamos, cretinos, moveos! Y usted también, Helena...

—¿Puedo hablar unos segundos a solas con ella? —pidió el sombrío Star.

—Está bien. Pero tenga cuidado. Los demás, ¡todos abajo!

En cuestión de segundos, en el apartamento de Helena Carvajal sólo quedaron ésta y Star. Helena miraba fijamente a Star, que se dejó caer en un sillón, y a su vez miró fijamente a la muchacha.

—De acuerdo —dijo—. Buena jugada, Helena.

—No sé a qué se refiere.

—Mire, yo no pretendo ser más listo que los de la

C. I. A.,

Helena, pero simplemente, no me he creído el cuento.

—¿Qué no se ha creído...? ¡Lo ha estado oyendo tan bien como yo misma, ha podido escuchar...!

Star movía negativamente la cabeza.

—No, no, no, no... No, Helena. Para mí, que seguramente soy más malpensado que los de la

C. I. A.,

la jugada es nítida: usted ha estado manejando a esos muchachos, los ha estado mentalizando, manipulando, motivando de tal modo que finalmente los ha convencido de que todo ha sido cosa de todos juntos, cuando en realidad, tanto la organización «Gato Persa» como todo el plan, de principio a fin, ha sido cosa de usted... naturalmente bien dirigida y aleccionada por asesores de más altas esferas. Ha engañado a esos críos. Les ha ido deslizado sugerencias, insinuaciones, ideas... de tal modo que los ha convencido de que eran ellos quienes las tenían y que cada uno aportaba algo. En realidad, son unos pobres niños bien manejados por el departamento psicológico de... ¿de quién, de qué servicio de espionaje, que fue quién la preparó a usted y la tenía instalada aquí

hace años, esperando el momento de su intervención? ¿Para QUIÉN ha estado trabajando usted realmente desde hace años, Helena?

—Para ser usted solamente un artista invitado, Star, es demasiado malicioso, ¿no le parece?

—Quizá. Lo que pasa es que tengo una inteligencia virgen, y la utilizo. Seguramente, después de esto me dedicaré al espionaje. Es apasionante.

—Tan apasionante que debe hacer muchos años que se dedica a él: no es posible que usted sea un novato.

—Debe haberme pasado como a los grandes genios de la música... Ya sabe, esos niños prodigio; de pronto, se sientan ante un piano y comienzan a tocar como si fuesen maestros... cuando la verdad es que ni siquiera han tenido tiempo de aprender solfeo. Digamos que es un don natural en ellos... y en mí. Bien: ¿no quiere decirme la verdad?

—Ya hemos dicho todos toda la verdad.

—Está bien —Star se puso en pie—. Vamos a reunirnos con los demás... Por favor: usted primero.

Salieron del apartamento, bajaron a la calle. Había tres coches, en los cuales habían sido ya distribuidos los jóvenes componentes de la organización «Gato Persa», vigilados por los mohínos agentes de la

C. I. A.

No se veía prácticamente a nadie por la calle. Solo, junto a uno de los coches, un agente de la

C. I. A.,

esperando a Helena y a Star, que se dirigieron hacia aquel coche...

No se oyó más que el grito agudo de Helena Carvajal.

Un grito sobresaltado, de dolor, de miedo, de incredulidad... que brotó de su boca cuando, en pleno pecho, estalló una enorme rosa de sangre cuyas salpicaduras alcanzaron a Star: fue realmente como si de pronto, sobre el corazón de Helena hubiese estallado una gran rosa henchida de sangre... Y Helena Carvajal, con el grito vibrando en sus labios salió despedida hacia atrás, violentamente...

—¡Star, al suelo! —gritó, pálido, el hombre de la

C. I. A.

que esperaba junto al coche—. ¡Tírese al...!

Pero Star no se tiró al suelo allí mismo, sino que lo hizo en

dirección al coche, junto al cual llegó rodando, ya pistola en mano. El agente de la

C. I. A.

se había acuclillado, también pistola en mano. Miró con expresión desorbitada a Star.

—¿Está usted bien? ¿No le...?

—Estoy bien —cortó Star, mirando hacia Helena.

Ésta yacía tendida cara al cielo de la mañana. Un cielo azul, límpido, de primavera, sin una sola nube. Un cielo de día que comenzaba; un día radiante, lleno de promesas...

Durante unos segundos, Star y el agente de la C. I. A.

estuvieron mirando a Helena. De pronto, Star se incorporó...

—¿Adónde va? —le gritó el espía, agarrándole de una mano vendada—. ¡Están disparando con un rifle con silenciador... o quizá haya más de uno esperando...!

—No. Sólo la querían a ella. Ya no habrá más disparos.

Star se dirigió tranquilamente hacia donde estaba Helena. Y, en efecto, no se produjo ningún otro disparo, no sucedió nada. Los hombres de la

C. I. A.,

habían salido de los coches, pero sin alejarse de ellos, y, armas en mano, miraban a todos lados, atentos...

Star se arrodilló junto a Helena, que volvió lentamente los ojos hacia él. El agente de la

C. I. A.

se arrodilló junto a Star.

—¿Lo ve? —susurró Star—. Esto confirma toda mi teoría. Los muchachos no les preocupan, pues saben que usted no les dijo nada, pero usted sabe demasiado, y ellos saben que tarde o temprano habría cedido ante los interrogatorios de la

C. I. A.,

y habría dicho la verdad. Por eso la han matado, Helena, y usted lo sabe. ¿No quiere decirnos quién lo ha hecho?

Los labios de Helena Carvajal se movieron. El agente de la C. I. A.

se inclinó, acercando un oído... De pronto, la cabeza de Helena cedió completamente, quedó inmóvil, sus ojos parecieron

cristalizarse. Por un lado de la boca se deslizó un fino hilillo de sangre.

El agente de la

C. I. A.

miró con expresión aterrada e incrédula a Star, que le contemplaba expectante.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

—Ha dicho «maldito seas»... en ruso.

ESTE ES EL FINAL

—O sea, que eran rusos —dijo Marylin.

—Eso no puede probarse —replicó Emerson Newman, alias Star—. Pero tampoco importa demasiado. Lo que sí importa es que, sean quienes sean, no volverán a las andadas.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Habiendo asesinado a Helena Carvajal de un modo tan descarado y eficaz, ha quedado bien claro que había algo más detrás de la organización «Gato Persa». Ellos saben que nosotros lo sabemos, y no volverán a arriesgarse en una jugada semejante: podrían tener menos suerte todavía, y encontrarse con que, esa siguiente vez, conseguíamos pruebas contra ellos. Y ni al servicio secreto ruso, ni a ningún otro, le haría gracia que la C. I. A.

los acusase públicamente de haber preparado el asesinato de diez personas cada día. De modo que olvidarán el asunto.

—¿Y el *Sha* y su familia?

—¡Ah, eso ya no es cuenta mía! Yo he salvado vidas de norteamericanos, que sí me importó. ¡Al demonio el *Sha*!

—Emerson, eres muy valiente, mi vida...

Star deslizó una mano por el desnudo cuerpo de Marylin, tendido junto al suyo en la cama de la cabaña del motel que habían alquilado en Acapulco.

—¿De verdad te parezco valiente?

—¡Oh, sí, mucho! ¡Todo eso que has hecho...!

—Te diré la verdad: estaba en todo momento completamente acojonado.

—¡No te creo! —rió Marylin.

—Pero debo ser algo masoquista, porque en el fondo la cosa me iba gustando. ¿Sabes?; quizá me decida a dejar de ser un artista invitado, y pase a formar parte del elenco... Me han hecho

interesantes proposiciones en la
C. I. A.

—¡Oh, no! —gimió Marylin.

—En cambio, espero que tú no te metas en más líos.

—¡Eres un machista!

—No señor —frunció el ceño Star—. Yo soy «muy macho», como dicen aquí, que no es lo mismo. ¿O no te parezco muy macho?

—La verdad es que sí —suspiró Marylin, abrazándose a él—. Y me gustaría... otra demostración al respecto. ¿Puedes?

¡Vaya pregunta, para hacérsela nada menos que a Star! Pudo. Afuera, la playa enviaba su rumor, y la luna sonreía en el cielo.

FIN

**¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!**

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

**ASEGURE
SU
EJEMPLAR**

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

